





**nalini singh**

# **atraccion**

*3.5 Psi Net*



# Índice

[Argumento](#)

[Deseos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)



## **Argumento**

Habiendo presenciado cómo a su madre se le rompía el corazón por la distancia emocional de su padre, Annie Kildaire se ha convencido a sí misma de que las relaciones románticas a largo plazo no son para ella. Todo eso cambia cuando Zach Quinn entra en su aula y pone su vida patas arriba. El sexy cambiante leopardo parece decidido a sumir sus sentidos en el caos y Annie no está segura de que eso sea mala cosa.

En cuanto a la profesora humana de su sobrino, Zach sabe que Annie está destinada a ser su compañera. Pero tanto el leopardo como el hombre se sienten atraídos por su belleza, su fuerza y su inteligencia. Lo único que desea hacer es reclamar a Annie. Pero Sabe que para ganarse el corazón de su desconfiada compañera tendrá que seducirla para que confíe en él, y utilizará todo su arsenal sensual para lograrlo





## Deseos

8 de diciembre, 060

Querido Santa Claus:

No estoy segura de creer en ti, pero no sé a quién más pedírselo así que espero que no seas imaginario como dice papá. Estoy en el hospital, pero no te preocupes, no quiero que agotes tu *majia* haciendo que me ponga bien. Ha venido el psi-m y ha mirado mi pierna, dijo que volvería a andar otra vez. Sabes que los psi no tienen sentimientos. Creo que eso significa que no pueden decir mentiras. Y la agradable enfermera cambiante, la que puede transformarse en venado, me dijo que con reconstrucción rehabilitación, estaré bien.

La razón de que te escriba es porque me siento sola. No se lo digas a mi madre, ¿vale? Ella viene a verme pero está siempre tan triste. Me mira como si estuviera rota, como si ya no fuera su fuerte niñita. Y mi papá ya no me visita. De todos modos, nunca me presta atención, pero aún así hace que me duela el corazón.

Sé que no puedes hacer que mi papá venga a verme, pero me preguntaba, puesto que eres *májico*, ¿crees que podrías enviarme un amigo? Alguien divertido que quiera estar conmigo y al que no le importe que mi pierna esté toda destrozada. Los niños aquí son agradables, pero todos regresan a sus casas después de un tiempo. Sería maravilloso tener a alguien que fuera mío, alguien que no tuviera que marcharse.

Mi amigo puede ser humano, psi o cambiante. No me importará. ¿Quizá podrías encontrar a alguien que también esté solo y entonces podríamos dejar de estar solos juntos? Prometo que compartiré todas mis cosas y dejaré que ella (o incluso un chico) elija los juegos.

Creo que eso es todo. Gracias por escuchar.

Annie

P.D.: No me importa si no me traes ningún otro regalo.

P.P.D: Perdón por los errores de gramática. He tenido que perder muchas clases pero ahora me estoy esforzando mucho por alcanzar el nivel con el tutor por ordenador del hospital.



## Capítulo 1

Annie alzó la mirada y se encontró con los ojos enojados del niño de siete años sentado delante de su escritorio con los brazos cruzados y haciendo pucheros con los labios. Bryan la fulminó con la mirada, la furia de su leopardo era aparente en cada línea de su cuerpo. Annie estaba acostumbrada a enseñar a niños cambiantes, muchos niños DarkRiver venían a esta escuela, ya que estaba cerca de su territorio. Estaba acostumbrada a sus naturalezas cariñosas, a sus cambios accidentales a la forma de leopardo, e incluso a su mal genio cuando se comparaba con el de los niños humanos. A lo que no estaba acostumbrada era a una desobediencia tan flagrante.

—Bryan —empezó, intentando, una vez más, tratar de llegar al fondo de la cuestión.

Él sacudió la cabeza, levantando el mentón.

—Sólo voy a hablar con mi tío Zach.

Annie miró su reloj. Había llamado el tío de Bryan hacía veinte minutos, no mucho después del último timbre.

—Le dejé un mensaje. Pero quizá no lo mire enseguida.

—Entonces esperaremos.

Ella casi sonrió ante esa terquedad, pero sabía que eso sólo lo empeoraría.

—¿Estás seguro que no quieres contarme por qué golpeaste a Morgan?

—No.

Annie se apartó un mechón de cabello que había escapado del moño que había sujetado con un par de palillos en un intento vano de darle estilo.

—Quizás podríamos hablar con tu madre juntos, ¿te sentirías más cómodo discutiendo las cosas con ella?

Ella ya había llamado a la señora Nicholson para decirle que Bryan llegaría tarde a casa. La mujer se lo había tomado con calma, tenía tres chicos.

—Y alguno de ellos siempre está castigado —había dicho con una risa, el amor en cada sílaba—. Como está esperando a Zach, él puede traer a ese



crío revoltoso a casa.

—¿Bryan? —animó, cuando su pequeño alborotador permaneció silencioso.

—No. Prometiste que podría esperar a tío Zach. —Frunció el ceño—. Hay que cumplir las promesas, eso es lo que tío Zach siempre dice.

—Eso es verdad. —Rindiéndose, ella sonrió—. Esperemos que tu tío venga pronto.

—¿Una cita interesante? —La voz era rica, oscura y completamente fuera de lugar en su aula.

Asustada, se levantó para enfrentarse al hombre que se reclinaba contra la puerta.

—¿El tío Zach?

La sonrisa le debilitó las rodillas.

—Zach está bien. —Ojos de un vívido color agua, cabello negro cortado de manera descuidada, piel dorado rojiza y huesos que hablaban de un antepasado de una de las tribus nativas—. Me ha llamado.

Y había venido.

Annie sintió que sus mejillas ardían cuando el pensamiento pasó por su cabeza.

—Soy Annie Kildaire, la profesora de Bryan.

Cuando Zach aceptó la mano que había extendido en un gesto de automática cortesía, el calor de él le penetró por la piel para quemarla por dentro. Sintió que se quedaba sin respiración y supo que iba a ponerse aún más roja. Dios querido, era una inútil alrededor de los hombres guapos. Y el "tío" Zach era el hombre más hermoso que jamás había visto.

Él también la miraba fijamente. Probablemente a su siempre embrollado pelo, las mejillas de un brillante rojo y a sus mortificados ojos castaños. Tirando de la mano, trató de soltarla. Él la sostuvo mientras miraba a Bryan. Su sobrino continuó allí sentado con una expresión rebelde en la cara. Viendo las manos agarradas, honró a su tío con una mirada que gritaba "traidor".

Zach volvió su atención a Annie.

—Dígame que ha sucedido.

—Podría... —Tiró de la mano otra vez.

Él bajó la mirada, pareció considerarlo y por fin la soltó. Los dedos le hormiguearon con el recuerdo sensorial, se movió rápidamente y se entretuvo ordenando el montón de informes sobre su escritorio.

—¿Quiere tomar asiento?

Él se cernía sobre ella. Eso no era especialmente difícil, ya que era



grande de una manera muy intimidatoria. Hombros sólidos, puros músculos duros y fuerza. Un soldado, pensó, consciente de algunos de los rangos dentro del clan DarkRiver, Zach tenía que tener el rango de soldado.

—Prefiero estar de pie.

—Bien. —Ella tampoco se sentó.

Eso no le dio mucha ventaja, ninguna ventaja si era honesta, pero si se sentaba con él cerniéndose sobre ella todo grande e intenso, probablemente perdería la facultad de hablar.

—Bryan dio un puñetazo a un compañero durante la última clase. Se niega a decirme que causó el incidente.

—Ya veo. —Zach frunció el entrecejo—. ¿Por qué no está el otro chico aquí?

Ella se preguntó si él pensaba que estaba jugando.

—Morgan está en la enfermería. Es un poco... delicado.

Zach levantó una ceja.

—¿Delicado?

Ella quiso fulminarlo con la mirada. Él sabía perfectamente bien de lo que estaba hablando.

—Morgan enferma muy fácilmente. —Y tenía una madre que lo trataba como si estuviera hecho de cristal. Dado que era lo mismo que había vuelto loca a Annie cuando era niña, podría haber tratado de hablar con la señora Ainslow acerca de ello, excepto que era obvio que a Morgan le gustaba el jaleo—. Está demasiado trastornado como para permanecer cerca de Bryan, aunque habría preferido hablar con ellos dos juntos.

—¿Humano? —preguntó Zach.

—No —dijo, tratando de no sentirse demasiado satisfecha por su mirada de sorpresa—. Cisne.

—Los cisnes no son depredadores —que era, según sabía Annie, por lo que a la familia de Morgan le habían permitido quedarse en el territorio DarkRiver— pero no son exactamente débiles.

—¿Mientras que todos los humanos sí? —Estaba lo bastante irritada para decirlo.

Él levantó una ceja.

—¿He dicho yo eso, cariño?

La cara le ardió de dentro afuera.

—Soy la profesora de Bryan.

—No la mía. —Una sonrisa—. Aunque podría serlo. ¿Quiere jugar a los colegios, Profesora?



Ella había tratado con gatos DarkRiver durante todo el año, pero en su mayoría eran parejas emparejadas, o parejas con relaciones a largo plazo. No tenía ninguna pista de cómo manejar a un macho burlón que claramente no era consciente del efecto que tenía sobre ella pero lo suficiente seguro de sí mismo para aprovechar la ventaja. *Céntrate en los hechos, se dijo, sólo céntrate.*

—Bryan normalmente es muy bueno. —Era, de verdad, uno de sus mejores estudiantes—. Es amable, inteligente, y antes de hoy, nunca había hecho daño a un compañero de clase.

La expresión de Zach se volvió seria.

—La fuerza es para proteger, no dañar. Bryan lo sabe tan bien como cualquiera del clan.

El corazón de Annie se tensó ante la absoluta seguridad con que dijo eso, como si fuera simplemente un hecho de la vida. Ese centro de honor a toda prueba era una de las cosas que más admiraba de los machos DarkRiver que había conocido. La otra era la manera en que no hacían el menor intento de ocultar la adoración que sentían por sus compañeras.

Era... agradable.

Era también otro punto más de contienda entre ella y su madre. La profesora Kimberly Kildaire tenía puntos de vista muy decididos sobre cómo deberían ser los hombres.

La palabra "civilizados" aparecía a menudo en la descripción, junto con porciones generosas de "racional". Un hombre que provocaba su sensualidad con tanta facilidad era demasiado salvaje para pasar el corte de la profesora.

Sin embargo, Annie conocía su propia mente y su reacción ante Zach era cualquier cosa menos racional.

—Por eso —dijo, forzándose a pensar a pesar de los nervios que amenazaban con volverla muda—, me quedé tan sorprendida por lo que hizo. Francamente, no tengo la menor idea de que podría haberlo provocado. Morgan y Bryan ni siquiera tienden a jugar juntos.

—Deme un par de minutos con él. —Con un asentimiento, caminó hacia su sobrino—. Vamos, Judía Saltadora, tenemos que hablar.

—Allí. —Bryan se levantó y guió a su tío a la parte trasera del aula. Annie apartó la mirada por cortesía, aun sabiendo que no habría podido oír la conversación ni siquiera si no se hubieran movido, el oído de un cambiante era generalmente mucho más agudo que el de un humano. Pero, y aunque trató de mantener la vista en los informes, su curiosidad la venció.

Alzó la mirada para ver a Zach agachado delante de Bryan, los brazos apoyados ligeramente sobre las rodillas. La posición había levantado la manga de su camiseta para exponer parte de un tatuaje en su bíceps



derecho. Bizqueó. Era algo exótico y curvado, algo que la atraía para acariciarlo. Por suerte, antes de que pudiera rendirse al impulso de acercarse, Bryan comenzó a gesticular tan seriamente, que ella se preguntó qué demonios estaba diciendo.

—Ni siquiera le golpeé tan fuerte, tío Zach. —Bryan dejó salir el aliento que hizo que su flequillo revoloteara—. Es una mariquita.

—Bryan.

—Quiero decir que es “delicado” —dijo Bryan, demostrando que tenía orejas muy grandes—. Siempre está llorando, incluso cuando nadie le hace algo a propósito. Ayer lloró cuando Holly le dio un codazo por casualidad.

—¿Oh?

—Sí, Holly es una chica. Humana.

Zach sabía exactamente lo que Bryan quería decir. No importaban sus animales, los cambiantes eran físicamente más duros que los humanos. Los huesos eran más fuertes, sus cuerpos curaban más rápido, y, en el caso de cambiantes depredadores, podían hacer mucho más daño.

—Eso no explica por qué le golpeaste. —Conocía y quería a su sobrino. El chico había nacido con un sólido código de honor, un código que había sido reforzado por las reglas bajo las cuales vivían los hombres DarkRiver—. Sabes que nosotros no intimidamos a las personas más débiles.

Una expresión avergonzada.

—Lo sé.

—¿Se enojó el gato? —El leopardo formaba parte de lo que eran. Pero para los más jóvenes, el lado más salvaje de su naturaleza a veces era difícil de controlar.

Ahora mismo, no podía quitarse de la cabeza la tentación curvilínea de la profesora de Bryan. Su olor delicioso susurraba sobre agitadas corrientes de aire perturbadas, erizando la piel del leopardo de la manera más tentadora. Apenas se tragó un gemido. A veces, también los adultos tenían problemas con el gato.

—Vamos, JB. Sabes que no me enfadaré contigo si perdiste el control.

—Sí, supongo que me enfadé o algo así. —Bryan arrastró los pies—. Quise gruñir y morder, pero en vez de eso, lo golpeé.

—Eso es bueno. —Las mandíbulas de un leopardo podían causar muchos daños.

—Y no fue sólo el gato —añadió su sobrino—. Fui todo yo.

Zach comprendió. Ellos no eran humanos y no eran animales. Eran los dos.

—¿Qué te hizo enfadar?



—Morgan dijo algo malo.

Zach sabía que a veces los que parecían más débiles eran los que portaban la vena más desagradable. Por lo menos la señora Kildaire parecía bien consciente de eso, él no había pasado por alto el hecho de que ella no había culpado automáticamente a Bryan.

—Dime que fue.

Bryan lanzó una mirada hacia su profesora, luego se inclinó más cerca.

—No quise decirle nada a la señorita Kildaire, porque ella es agradable y me gusta.

—A mí también me gusta. —Una declaración más verdadera de lo que jamás había dicho. Había algo en la pequeña profesora con el pelo negro azache y esos oscuros ojos castaños que hacían que el gato ronroneara de interés. Se preguntó si ella se daba cuenta de que tenía una boca muy sexy, luego se preguntó si permitiría que él le hiciera todo tipo de cosas malvadas a esa boca; más tarde, se prometió. En este momento, Bryan le necesitaba.

—¿Qué tiene esto que ver con la señora Kildaire?

—Morgan dijo que su madre decía que la señorita Kildaire está colocada en una estantería<sup>1</sup>.

Zach tuvo que pensar en eso unos pocos segundos.

—¿Dijo que está en la estantería?

—Ajá. —Un asentimiento enfático—. No sé por qué la señorita Kildaire se sentaría en una estantería, pero eso es lo que Morgan dijo.

—Adivino que hay más.

—Y entonces Morgan dijo que su madre decía que la señorita Kildaire era demasiada gorda para conseguir un hombre.

Menuda cantidad de mierda, pensó Zach. La madre de Morgan probablemente era una imbécil celosa y arrugada.

—Ya veo.

—Y entonces Morgan dijo que era una lisiada.

Zach tuvo el impulso repentino de golpear a la pequeña rata él mismo.

—Sigue.

—Lo dije que lo retirara. La señorita Kildaire es la profesora más agradable de la escuela y no es una lisiada sólo porque le duela la pierna a veces y tenga que utilizar un bastón. —El genio estalló en los ojos de Bryan, los iris cambiaron al verde irregular del leopardo.

---

<sup>1</sup> Someone is on the shelf (alguien está en la estantería) es una frase hecha para indicar que no está casada y la gente cree que es demasiado mayor para conseguir marido. De ahí que el niño lo entienda mal.



—Controla al gato, Bryan —dijo Zach, controlando su propia ira con un férreo control. Los cachorros tenían que aprender control.

Una vez, mucho antes, la furia animal de los cambiantes había corrido descontroladamente y eso había desembocado en las matanzas de las Guerras Territoriales.

Las otras razas podrían haber olvidado esos años atormentados, pero los cambiantes nunca lo hacían. Y nunca permitirían que sucediera otra vez.

—Sujétalo. —Puso la mano sobre el brazo de Bryan y permitió que un gruñido bajo le subiera por la garganta. Era un gesto de dominación y ayudó a volver a poner bajo control al leopardo de Bryan.

—Perdón.

Zach sintió que su propio gato caminaba dentro de él antes de distraerse por el exquisito olor de la succulenta señorita Kildaire.

—Está bien. Todos tuvimos que aprender.

—Sí. —Bryan dejó salir el aliento—. De todos modos, Morgan siguió diciendo que era una lisiada y yo me enfadé y le golpeé.

Zach se encontró ante un dilema. Realmente no podía disentir de las acciones de su sobrino, pero golpear a otro niño iba contra las reglas. Miró la cara inteligente de Bryan y tomó la única decisión que podía.

—JB, sabes que nosotros no consentimos esa clase de violencia.

Bryan asintió.

—Pero comprendo la provocación. —Mintiendo no era cómo el clan funcionaba. Y Bryan era lo bastante mayor para saber que la comprensión no significaba aprobación.

La cara de su sobrino se fundió en una sonrisa.

—Sabía que lo harías. —Lanzó los brazos en torno al cuello de Zach.

Zach abrazó ese pequeño cuerpo firme y esperó hasta que Bryan retrocedió antes de preguntar:

—¿Por qué no llamaste a tu padre? Él también habría comprendido. —Joe dirigía un bar que era el lugar favorito de reunión para el clan, pero también era un compañero soldado.

—Hoy está vigilando el partido de fútbol de Liam. No quise estropearlo, Liam ha estado practicando sus patadas durante un mes.

Zach despeinó el pelo de su sobrino.

—Eres un buen chico, JB. —Levantándose, cabeceó hacia los armaritos que se alineaban en la parte trasera del aula—. Agarra tu mochila mientras resuelvo esto con la señorita Kildaire.

Bryan le agarró la mano.



—Tú no...

—No le diré nada. Lo prometo.

Relajándose, Bryan fue a un casillero a su derecha y comenzó a reunir sus cosas.

Zach miró a Annie levantarse de la silla y fue hacia allí, tuvo que luchar contra el impulso de gruñir para que se sentara. Antes había advertido su inestabilidad, la pierna izquierda la molestaba. Pero si decía lo que tenía en mente, sería tan malo como ese renacuajo de Morgan. Annie Kildaire tenía que ser perfectamente capaz si daba clases a niños de siete años.

—¿Se lo ha contado? —preguntó con esa voz ronca que acariciaba como terciopelo negro sobre la piel. El gato se extendió, pidiendo más. Ser acariciado por la señorita Kildaire, pensó, ambos lados de él de acuerdo, quizás fuera el mejor regalo de Navidad de su vida.

—Sí, lo ha soltado.

Ella esperó.

—¿Y?

—Y no puedo contárselo. —La vio arrugar la frente, fruncir los labios. Él no podía decidir si quería morderle ese labio inferior más lleno o lamer el superior.

—Señor... Zach.

—Quinn —la ayudó—. Zach Quinn.

Las mejillas de Annie estallaron con pequeños lunares rojos de genio.

—Señor Quinn, Bryan es un niño. Espero que usted actúe como un adulto.

Oh, él tenía muchos planes para actuar como un adulto alrededor de la señorita Kildaire.

—Se lo prometí a JB.

Ella le miró fijamente, luego dejó salir el aliento.

—Y hay que mantener las promesas.

—Sí.

—¿Qué sugiere usted que haga? —Cruzó los brazos—. Tengo que castigarlo y no puedo hacerlo sin saber por qué él hizo lo que hizo.

—Yo me ocuparé de ello. —Bryan había golpeado a alguien y su sobrino sabía que sería castigado por ello, provocación o no. Pero por algunas cosas, sabía Zach, valía la pena luchar—. Me aseguraré de que el castigo sea proporcional al crimen.

—Es un asunto escolar.

—Es un asunto leopardo.





## Capítulo 2

La comprensión se filtró en esos bonitos ojos parecidos al chocolate fundido.

—Generalmente se controla tan bien, que me olvido que sólo tiene siete años.

—El chico crecerá para ser uno de los dominantes, probablemente un soldado. —Miró detrás de él—. ¿Preparado?

Bryan asintió, se arrojó la mochila sobre el hombro.

—Sí.

Zach miró como su sobrino se acercaba al escritorio y decía:

—Siento haber in... —un ceño de concentración—, interrumpido la clase. Pero no siento haber golpeado a Morgan.

Zach miraba a Annie y vio su lucha por ocultar una sonrisa.

—Esa no es una actitud muy buena, Bryan.

—Lo sé. Y estoy listo para el castigo. Pero aún así no lo lamento.

Los ojos castaños le miraron.

—¿La terquedad es un rasgo familiar? —Los labios se le curvaron sólo un poco, lo bastante para hacer que todo en él se enderezara con atención.

—Ahora eso, cariño —dijo, la comprensión tomaba forma en su pecho—, es algo que tendrá que decidir por sí misma. —Bien, joder.

Ella se ruborizó otra vez.

—Gracias por venir, señor Quinn. Espero ver a Bryan el lunes en clase.

Él no se movió, tanteando la compresión que lo tenía agarrado por la garganta. Era caliente, salvaje, correcta. Total y absolutamente correcta. El conocimiento provocó una sonrisa lenta y seductora.

—¿Por qué no viene con nosotros? —Los pasillos habían sido cerrados para vaciarlos cuando llegó y ahora no podía oír ningún movimiento. De ninguna manera iba a dejar a la dulce Annie Kildaire sola en un edificio con la oscuridad del invierno a sólo una hora a lo máximo.

—Saldré en un momento. —Comenzó a reunir los papeles de su escritorio.



—Esperaremos. —Miró a Bryan—. ¿Puedes esperar?

—Sí. —Una sonrisa luminosa—. Pero tengo hambre.

Buscando en el bolsillo de atrás de sus vaqueros, Zach sacó una barrita de muesli que había agarrado de camino.

—Lo conseguí para el camino a casa.

Bryan lo agarró con los reflejos rápidos del gato y se fue feliz a preparar a un asiento, con la mochila a los pies. Mientras tanto, la señorita Kildaire le echaba una mirada cautelosa.

—De verdad señor Quinn...

—Zach. Sólo puede llamarme señor Quinn cuando esté enojada.

—Señor...

—Zach.

Ella cerró la mano en un puño.

—Bien, Zach.

Él sonrió, gustándole que ella ya estuviera lo bastante cómoda para discutir con él. Algunas mujeres le encontraban un poco demasiado peligroso para jugar con él. Y le gustaría mucho jugar con Annie.

—¿Sí, Profesora?

Podía oír su rechinar de dientes.

—Estaré perfectamente bien marchándome sola. Lo hago cada día de la semana.

Él se encogió de hombros, disfrutando de la lucha verbal.

—Hoy estoy aquí.

—¿Y lo que usted dice va a misa? —Bajando la mirada, empujó sus papeles en una pila desaliñada.

—A menos que me puedas disuadir. —La vio endurecer la mandíbula y supo que estaba rechinando esos dientes humanos otra vez. Toda esa hermosa pasión, pensó con placer, oculta detrás de la timidez que le había manchado primero las mejillas.

—¿Y por qué debería disuadirle de algo? —Agarró lo que parecía una cartera negra de cuero sintético y metió los papeles dentro—. Usted no es nadie para mí.

Al gato no le gustó eso. Al hombre tampoco.

—Eso no fue muy agradable.

Ella se giró para fulminarle con la mirada, luego volvió a meter papeles en su cartera. Él casi podía verla intentando averiguar si estaba hablando en serio o si le estaba tomando el pelo. Que le llevara tanto tiempo decidirlo, le dijo que no le habían tomado mucho el pelo. Eso era una



lástima. Porque cuando Annie se enfadaba, se olvidaba de ser tímida.

Ahora, cerró su cartera de golpe y la balanceó sobre su hombro. O lo intentó. Zach se la cogió de la mano y se la pasó por encima de su cabeza, colocándola en diagonal por su torso.

—¡Señor Quinn! —Parecía que quisiera morderle.

Su gato ronroneó con interés, incluso mientras Bryan reía tontamente.

—Nadie llama así a tío Zach.

—Sí, nadie lo hace —agregó Zach—. Vamos, Judía Saltadora. Nos marchamos. —Asintió hacia el abrigo tirado descuidadamente sobre el respaldo de la silla de Annie—. No te olvides de eso. Hace frío fuera.

Comenzó a caminar hacia la puerta, sabiendo que ella no tendría otra opción que seguirle.

Después de un segundo tenso, lo hizo. Oyó el susurro de ropa cuando se puso el abrigo sobre sus pantalones grises severos y la camisa blanca de sastre, su mente le regaló una serie de imágenes de fantasía de la suavidad femenina que sabía que acechaba debajo. Era una lástima que estuviera todo cubierto.

—Después de ti, Profesora. —Dejando que Bryan correteara un poco adelante, mantuvo la puerta abierta y miró como Annie Kildaire caminaba hacia él.

Su cojera era muy leve, pero incluso eso significaba que la herida tenía que haber sido horrenda. O eso, o el deterioro era uno natural que los cirujanos no habían podido reparar completamente. Y no había mucho que los cirujanos no pudieran reparar en estos días.

—¿Qué te sucedió en la pierna? —preguntó una vez que estuvieron en el pasillo.

Ella vaciló durante un segundo antes de cuadrar los hombros.

—Hubo un descarrilamiento extraño del tren de alta velocidad cuando tenía siete años. Mi pierna se aplastó tan mal que fue más o menos irreconocible como algo aparte de carne con unos pocos fragmentos de hueso.

Él oyó el orgullo que hervía a fuego lento en ella, tuvo la sensación que se estaba preparando para un golpe.

—Hicieron una buena labor de reconstrucción. ¿Titanio?

Pudo decir por su expresión que esa no era la respuesta que había esperado.

—No. Alguna clase de nueva masa de acero. Muy de alta tecnología. "Creció" mientras yo crecía, así que sólo necesité un par de cirugías extra con el paso de los años.

—¿Y ahora?



—No necesitaré ningún trabajo a menos que me hiera la pierna de alguna manera.

Zach sabía que eso no podría ser todo.

—¿Todavía duele?

Ella vaciló.

—A veces. —Indicó un pasillo a su izquierda—. Quiero asegurarme que han recogido a Morgan.

—JB, espera. —Sabendo que podía confiar en que el chico no saliera fuera, siguió a Annie la corta distancia que había hasta el chico enfermo. Mirando por encima de su hombro, vio el oscuro interior—. Se ha ido.

Ella saltó.

—¡Camina como un gato!

—Soy un gato, cariño. —Quería embromarla otra vez, así que dejó salir un gruñido bajo—. ¿Ves?

Rayos de color vibrante le mancharon las mejillas una vez más. Pero no se echó atrás.

—¿Planea moverse?

—No. —Inhaló profundamente, luchando contra el impulso de acariciarle la garganta con la nariz—. Hueles bien. ¿Puedo saborearte? —Fue una pregunta entre serio y en broma—. ¿Sólo un poco?

—¡Señor Quinn! —Le rodeó y se fue.

Pero él ya había captado la mordedura ácida de excitación en su olor. Satisfecho, la siguió, comportándose mejor. No asustaría a Annie. No cuando planeaba quedarse con ella.

Poco después, alcanzaron la puerta principal, donde Bryan esperaba. Zach la abrió.

—Quédate conmigo —dijo a su sobrino. El chico era rápido como un leopardo, pero todavía un chico. A veces, no miraba por donde iba y los coches podían hacerle daño tan fácilmente como a un niño humano o psi.

El aire del exterior era frío, pero hizo suspirar a Zach con euforia. Estar al aire libre estaba en su sangre, la razón por la que adoraba su trabajo habitual como guardabosques en Yosemite. El trabajo encajaba de forma natural en sus deberes como soldado DarkRiver, podía correr de patrulla y cumplir sus responsabilidades en la naturaleza al mismo tiempo.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó a Annie, advirtiendo que también su cara se había iluminado. A la atractiva y besable Annie Kildaire le gustaba estar al aire libre tanto como a él. Complació al gato, apaciguó al hombre.

—Allí. —Dándole una mirada todavía coloreada con el beso ácido del genio, ella señaló a un coche pequeño que a él le cortarían las piernas por



la mitad si alguna vez era lo bastante loco para tratar de doblarse dentro. Pero ella era pequeña, pensó él, preguntándose si le importaría pelearse con un hombre más alto. La idea de los juegos a los que quería jugar con Annie le hizo sonreír.

—JB y yo te acercaremos.

Ella no discutió con él esta vez, simplemente preguntó por su vehículo. Él señaló con el pulgar en dirección a un coche con tracción en las cuatro ruedas aparcado unos espacios más allá.

—¿Supongo que necesita eso en el bosque? —Su voz contenía un toque de tristeza.

—Sí. —El territorio de DarkRiver cubrió mucha tierra hermosa pero dura. Y ahora que se habían aliado con los lobos SnowDancer, ese territorio incluía las montañas de Sierra Nevada—. ¿Has estado alguna vez en Yosemite?

El borde más cercano del inmenso bosque estaba a sólo una hora, razón por la que esta escuela era tan popular en el clan. Muchos de ellos vivían en los márgenes de Yosemite.

—Sólo las áreas públicas. —Presionó el pulgar en la puerta de su coche, desactivando la cerradura de seguridad—. ¿Adivino que esas secciones sólo representan una fracción diminuta de vuestro territorio?

Zach asintió. En el pasado, los DarkRiver se habían relajado a la hora de ofrecer acceso a otras partes del bosque, siempre que las personas obedecieran las reglas que protegían la tierra y a sus habitantes salvajes. Sin embargo, en este momento, con el Consejo de los psi buscando cualquier debilidad en sus defensas, se habían vuelto más rigurosos. Nadie excepto el clan iba más allá de lo que los DarkRiver consideraban la frontera pública. Por supuesto, los miembros del clan podían llevar invitados.

—¿Quieres ver más?

Su expresión fue de sorpresa.

—Yo... —Cerró la boca y él vio su mirada hundirse en su pierna. El movimiento fue tan rápido, que no lo habría visto sino la hubiera estado mirando tan de cerca.

Alguien, pensó él con un gruñido creciendo en su interior, había hecho que tuviera desconfianza.

—Te puedo subir mañana —dijo, controlando la ira—, mostrarte algunas de las vistas que la mayoría de la gente nunca consigue ver.

—No debería. —Pero la tentación susurraba en sus ojos—. Tengo que preparar la contribución de la clase para el desfile de Navidad. —Dirigió una mirada cariñosa hacia Bryan.

Su sobrino saltó arriba y abajo.

—Haremos la historia de cómo los psi intentaron una vez cancelar la



Navidad. ¡Va a ser divertido!

—Asegúrate de conseguirme una entrada —dijo Zach, pero su mente estaba en cómo asegurarse la compañía de Annie para mañana. El desafío quizás funcionara. O quizás...

—Oferta de una-vez-en-la-vida —dijo con una sonrisa que trató de evitar que fuera hambrienta. Si ella captaba la más mínima insinuación de lo que sinceramente quería de ella, nunca se subiría a un coche con él, mucho menos le permitiría llevarla a la intimidad exuberante del bosque—. El clan es muy estricto acerca de a quien permitimos entrar.

Ella se mordió el lleno labio inferior, despertando sus celos. Quería ser él quien la mordiera.

—Bien —dijo, claramente dividida.

Entonces Bryan cerró el trato por él.

—¡Debe venir, señorita Kildaire! Luego después, puede venir al picnic.

—¿El picnic? —Miró a Zach—. Es invierno.

—Picnic de invierno —dijo, como si eso fuera normal. Lo era para los DarkRiver—. Es informal, sólo una oportunidad para que la gente se junte antes de la locura de la Navidad.

—Venga por favor, señorita Kildaire —rogó Bryan—. Por favor.

Vio que Annie se derretía antes esa súplica juvenil y supo que la tenía.

—Bueno —dijo y alzó la mirada. La sonrisa se desvaneció... porque él había dejado que el gato se filtrara en sus ojos, le permitió que viera el hambre oscura que latía en su sangre.

—Te recogeré a las nueve. —Se inclinó más cerca, atrayendo su olor—. Prepárate para mí, cariño.



Annie cerró la puerta de su apartamento y se preguntó si había perdido el juicio. No hacía ni media hora había acordado pasar todo un día con un hombre tan peligroso; una mujer cuerda habría huido en dirección contraria... en vez de fantasear sobre besar esos labios que deberían ser ilegales. Todo su cuerpo se calentó mientras recordaba la mirada en esos ojos cuando le pidió que estuviera lista para él. Dios querido, el hombre era letal.

—Cálmate, Annie —se dijo—. No es como si fuera a hacer algo.

Porque mientras Zach Quinn podría haber coqueteado con ella, incluso podría haberla mirado como un hombre mira a una mujer que desea, ella era lo bastante pragmática para saber que probablemente no había sido nada más que diversión momentánea por su parte. Un hombre tan guapo tenía que tener montones de mujeres suplicantes arrastrándose a su cama.



La idea de Zach extendido en la cama, toda piel brillante y músculos fluidos, hizo que su estómago revoloteara. Luego le imaginó doblando un dedo, esa sonrisa provocativa jugueteando sobre los labios.

—Si alguna vez me mira así —susurró, sacándose los palillos del pelo mientras iba al dormitorio—, soy mujer muerta.

El cabello negro cayó en torno a su cara en una masa de rizos suaves.

El cabello de Zach había parecido más pesado que el suyo, más suave.

Sus pensamientos fueron de su pelo al aspecto que tendría en forma de leopardo. Un depredador, todo músculo y poder recubierto de un pelaje dorado y negro. ¿Permitiría que una mujer le acariciara? Los dedos hormiguearon y parada como estaba delante del espejo, se vio separar los labios y abrir los ojos de par en par. El dolor entre los muslos se volvió un pulso erótico.

Su teléfono móvil sonó.

Lo ignoró, sacudida por la intensidad cruda del hambre que surgía de su interior. Nunca había reaccionado de forma tan apasionada a un hombre, hasta que todo su cuerpo tembló con la fuerza de ello.

—Señor, ten misericordia.

Porque si esto era lo que le hacía pensar simplemente en él, ¿cómo demonios iba a sobrevivir a estar a solas con él un día entero?

Pitido. Pitido. Pitido.

Contestó al móvil para apagar el sonido.

—¿Sí?



## Capítulo 3

—Angelica, ¿qué pasa? Estás jadeando.

Annie respiró hondo.

—Nada, mamá. Acabo de llegar a casa.

—Bien, es viernes, así que puedes relajarte un poco. Bebe ese té de manzanilla que te conseguí.

Annie odiaba el té de manzanilla.

—Sabes que no me gusta.

—Es bueno para ti.

Había oído eso tantas veces que ya no la impresionaba.

—Creo que quiero ser mala hoy. —Y no era el té de hierbas lo que tenía en mente—. Muy, muy mala.

—¡Honestamente, Angelica! —Kimberly dejó salir el aliento de manera frustrada—. Olvida el té. Quería decirte que te vistieras elegantemente para cenar mañana por la noche.

¿Cenar? El estómago de Annie se hundió al fondo de los pies cuando se dio cuenta que había borrado el acontecimiento de su mente.

—Mamá, dijiste que no...

—Es un joven profesor agradable de Londres. Está aquí en un año sabático.

—Cuando dices joven...

—Sólo tiene cuarenta y tres, querida.

Annie tenía veintiocho.

—Oh. —Se frotó la frente—. El asunto es...

—Sin discusión. Tu padre y yo queremos verte asentada. No andaremos por aquí para cuidarte para siempre.

—Puedo cuidar de mí misma.

Sintió que cerraba la mano en un puño y lo soltó con esfuerzo. No tenía objeto enojarse, no cuando esta era una conversación que habían estado manteniendo durante más años de los que podía recordar.



—No soy una niña.

—Bien, no puedes pasar el resto de tu vida sola. —El tono de su madre era duro, pero tenía un borde de desesperación, Kimberly estaba realmente preocupada al pensar en su hija viviendo una vida solitaria. Nunca se había molestado en preguntarse si Annie estaba soltera por elección—. El profesor Markson es un hombre encantador. Podría ser mucho peor.

Lo que su madre quería decir realmente, pensó Annie con una puñalada de viejo resentimiento, era que no era como si tuviera muchas otras opciones. Para Kimberly, Annie era una criatura dañada y frágil que la mayoría de los hombres evitarían.

—¿Va a ir Caro?

—Claro que no. —Su madre hizo un sonido de molestia—. Queremos que la atención del profesor recaiga sobre ti. Aunque la quiero mucho, tu prima tiende a robar el primer plano, incluso ahora que está casada.

El dolor de cabeza de Annie se intensificó, Caro era generalmente el único punto de cordura en estas humillaciones rituales.

—Cierto.

—Te esperaré a las siete para los cócteles.

—Quizás llegue un poco tarde.

—¿Trabajo?

—No. —¿Cómo decir esto? —Yo, esto, he arreglado una visita exhaustiva a Yosemite. —Aunque ella no vivía lejos del bosque, sus padres estaban más cerca de San Francisco. Incluso en un vehículo de alta velocidad, le llevaría una hora conducir hasta allí.

—De verdad, Annie. Sabías que teníamos esta cena.

—Dije que no quería que me organizarais más citas. —Especialmente cuando no tenía intención de casarse ni entrar en una relación a largo plazo. Jamás. Y ciertamente no cuando los hombres iban esperando a alguien como Caro y conseguían a Annie en su lugar—. Intentaré estar allí tan pronto como pueda, pero no puedo prometer nada.

Su madre colgó después de unas pocas palabras más agudas. Frotándose la frente, Annie salió del dormitorio y fue al cuarto de baño con el móvil todavía en la mano. Después de esa llamada, necesitaba definitivamente las propiedades calmantes de un baño aderezado con sales minerales. Desnudándose, se sentó en el borde de la bañera mientras se llenaba, aprovechando para masajearse la rigidez del muslo.

*¿Duele?*

Una pregunta tan sencilla, sin juicio ni compasión. La había deshecho sólo un poco. No sólo eso, sino que Zach había continuado coqueteando con ella incluso después de descubrir que ella era menos que perfecta.



Quizás no había significado mucho para él, pero había significado algo para ella.

No, Angelica, no puedes hacer eso. Tu pierna es demasiado débil.

Con demasiada frecuencia, sentía como si su madre hubiera nacido en la raza equivocada. Habría sido una buena psi, con su mente analítica y la necesidad de perfección en todas las cosas.

El único lugar donde Kimberly había fallado era con Annie.

Su humor podría haberse debilitado otra vez, pero estaba demasiado ocupada soñando despierta sobre besar a Zach en esos hermosos labios. El hombre era demasiado pecador para ser real. Y el modo en que coqueteaba... uau. Habría sido agradable ser lo bastante segura de sí misma para devolverle el coqueteo.

—En vez de ruborizarse y quedarse muda —murmuró.

Había visto suficientes parejas DarkRiver para identificar la clase de mujeres que encontraban atractivos los dominantes hombres cambiantes y Zach era definitivamente un dominante. Esas mujeres eran llamativas, pero era su seguridad en sí mismas lo que las hacía brillar. Vívidamente inteligentes, no vacilaban en decir sus opiniones o en devolver todo lo bueno que tenían. La fuerza femenina no asustaba a hombres de la índole de Zach Quinn, los atraía.

Y eso era exactamente lo que la atraía a ella de él. Sabía después de haber estado con él solo una vez que él nunca le diría que no podía hacer algo. Zach simplemente esperaría que se pusiera a su altura. Y eso era una seducción en sí misma.

El baño sonó avisándola que estaba lleno. Estaba a punto de entrar cuando vio el móvil que había dejado encima de su ropa desechada. Lo agarró, decidiendo llamar a Caro. Su prima era una experta en hombres y era su consejo en ese tema lo que Annie necesitaba en este momento.

Poniéndolo al alcance, se hundió en el agua caliente con un gemido. Después de diez minutos de estar simplemente allí, absorbiendo el calor, estiró la mano para agarrar el teléfono. Sonó anunciando una llamada entrante cuando sus dedos rozaban la funda. Poniendo los ojos en blanco porque probablemente era su madre otra vez, lo abrió sin comprobar la pantalla y respondió solo con audio.

—Soy yo —dijo, dejando caer la cabeza contra la pared y apretando los pies contra el borde de la bañera.

—Hola, yo.

El aliento se le quedó atascado en la garganta ante el sonido de esa voz sensualmente divertida.

—Zach... señor Quinn — habría saltado excepto que estaba congelada en el lugar.

—Zach —corrigió él—. Espero no molestarte.



—No, yo —el agua goteó mientras levantaba una mano para apartarse unos mechones de pelo de la cara—, estaba relajándome.

—¿En el baño?

Ella parpadeó, mortificada por haber encendido el visual por casualidad. Pero no, estaba apagado.

—Los leopardos tienen buenas orejas.

Las mejillas se le ruborizaron.

—Por supuesto. —Permaneció muy quieta, no quería que él la oyera salpicar.

—No quería interrumpir tu tiempo de relajación. —Una disculpa hizo que su voz estuviera más cerca del ronroneo.

Annie se dijo que tenía que respirar.

—Está bien.

Dándose cuenta de que él no podía verla, dejó de luchar consigo misma y permitió que su cara se cubriera del placer que sentía al escucharle. Nunca había conocido a un hombre con una voz como la de Zach, tan masculina, pero con esa insinuación encantadora de juego. Como si mientras pudiera ser la hoja afilada de un soldado, también supiera cómo reírse.

—¿Hubo problemas con Bryan?

—No, JB está bien. Nada de correr con los otros niños durante una semana para él.

Annie frunció el entrecejo.

—Pensé que le suspenderían los privilegios de entretenimiento.

Zach rió entre dientes y esa risa la atravesó como un fuego viviente.

—Esa es su forma predilecta de entretenimiento. Los cambiantes leopardo, especialmente los chicos de su edad, odian estar atrapados dentro.

—Por supuesto. —Recordó a uno de los otros padres decir algo parecido entre líneas durante una charla de padres y maestros—. ¿Has llamado para contarme eso?

—Eso, y que quería advertirte que hace frío en las elevaciones más altas. Quizá encontremos nieve. Vístete en capas.

—Vale. —Se mordió el labio inferior, deseando mantenerle al teléfono pero sin saber qué decir para lograr ese objetivo—. ¿Entonces, a las nueve mañana por la mañana?

—Humm. —Sonó distraído.

—Debería dejarte ir —empezó ella.

—¿Cansada ya de mí?



Ella realmente no sabía cómo tratar con él.

—No.

Otra risita masculina.

—Cuéntame algo sobre ti, Annie.

—¿Qué quieres saber? —¿Por qué quería saber?

—¿Cuánto tiempo llevas siendo profesora?

—Cinco años —dijo con una sonrisa—. Comencé enseñando a los nuevos, pero durante los dos últimos años, han sido niños de la edad de Bryan.

—Te gusta.

—Lo adoro. —Se encontró relajada otra vez, calmada por el timbre de su voz, tan tranquilo, tan exquisitamente masculino—. ¿Tú qué haces?

—Soy guardabosques, especializado en las especies depredadoras que llaman al Yosemite hogar.

El trabajo encajaba con él mejor que cualquier otra cosa que ella pudiera haber imaginado.

—¿Te gusta lo que haces?

—Lo llevo en la sangre. —Se detuvo—. Alguien a la puerta. Te recogeré a las nueve en punto. Dulces sueños. —Lo último fue un murmullo ronco aderezado con tentación.

—Adiós.

Terminó la llamada y se quedó allí sentada, alternando el frío y el calor. Sin duda, leía demasiado en la conversación. Había llamado para asegurarse de que se vestía de forma correcta. El modo en que su voz se había sentido como una caricia sobre su piel sensible..., eso era el resultado de su susceptibilidad a él. No significaba que él la deseara. Pero no podía evitar tener la esperanza.

Zach abrió la puerta de su pequeña casa, ya consciente de la identidad de su visitante. Había captado el olor en el instante que el otro cambiante había salido del vehículo.

—Luc. —Dio la bienvenida a su alfa—. ¿Qué pasa?

Lucas entró, vestido con un traje gris marengo que decía que venía directamente del cuartel general de negocios de los DarkRiver.

—Bonito lugar.

—Bonito traje. —Abriendo el refrigerador, le lanzó a Lucas una botella de cristal antes de tomar una para sí mismo.

—¿Qué demonios es esto? —Lucas frunció el ceño al pálido líquido azul de dentro—. Y el traje es camuflaje.

—Es alguna nueva bebida energética que ha inventado Joe.



Abrió el tapón.

—Se supone que tenemos que darle información.

Lucas tomó un trago.

—No es malo, para algo que parece resplandecer en la oscuridad.

Zach sonrió.

—¿Entonces, por qué el camuflaje?

—Hoy tuve una reunión con un grupo de psi.

—¿Un nuevo trato? —Los DarkRiver habían completado recientemente su segundo proyecto de construcción para el consejera psi, Nikita Duncan. El éxito de la aventura había sido tan espectacular que habían atraído un interés considerable de otros comerciantes psi.

—Firmado y sellado. —La sonrisa de Lucas fue muy felina en su satisfacción—. Quería hablar contigo sobre parte de la tierra que cubres durante tus deberes como guardabosques.

Zach asintió.

—¿Hay algún problema?

—No debería, pero quiero que te mantengas alerta. Generalmente, los psi no se aventuran cerca de nuestro territorio, pero han estado cambiando las reglas recientemente.

—Crees que podrían estar tratando de utilizar la tierra para familiarizarse con el bosque —adivinó Zach.

Por norma general, los psi no estaban cómodos en los espacios abiertos. Preferían las ciudades, con sus torres de vidrio y acero. Pero como la compañera de Lucas, Sascha, había mostrado, la raza psíquica era sumamente adaptable.

—No creo que haya sucedido todavía, pero hay una posibilidad de que pueda suceder, seríamos tontos si no nos preparáramos para lo inesperado.

—Te mantendré informado. —Dejó su botella vacía al lado de la que Lucas había terminado—. No has venido aquí para eso—. La cautela de Lucas era algo que Zach, como soldado experimentado notó.

Lucas se encogió de hombros, las marcas de garras en el lado derecho de su cara resaltaban vívidamente.

—Pasaba para hablar con Tammy acerca de las celebraciones de Navidad y decidí dejarme caer, ponerme en contacto.

Como Tammy y Nate eran los vecinos más cercanos de Zach, eso tenía sentido.

—Dile a Nate que vi a sus cachorros perseguir a un perro ayer.

Lucas sonrió.



—Suenan bien.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Lucas levantó una ceja y esperó.

—¿Cómo de frágiles son los humanos? —Él había tenido amantes humanas antes, pero nunca había deseado a ninguna mujer, humana o cambiante, con la furia cruda que alimentaba su hambre por Annie. Le preocupaba hacerle daño en la pasión—. ¿Cuánto tengo que controlarme?

—No son tan quebradizos como tendemos a creer —dijo Lucas y Zach supo que hablaba por experiencia. Físicamente, los psi eran aún más débiles que los humanos, pero Lucas estaba muy felizmente emparejado con Sascha—. Simplemente no utilices con ella la misma fuerza que utilizarías conmigo o con uno de los otros machos y estarás bien.

—¿Quién dijo que hay un "ella"?

—Siempre hay un ella.

—Su nombre es Annie y la llevaré al picnic mañana.

Los ojos de Lucas brillaron verdes como los de un gato.

—¿La vas a presentar al clan? ¿Cuándo la conociste?

—Hoy.

—Bien, joder. —Lucas se balanceó sobre los talones—. ¿Tiene ella alguna idea de lo que significa?

—Es un poco cautelosa, pero le gusta —dijo, pensando en cómo esos ojos lo habían devorado. Un hombre podía acostumbrarse a ser mirado de esa manera. Especialmente cuando la mujer que le mira era alguien a quien querría comer en pequeños y deliciosos mordiscos—. Voy a cortejarla primero.

Pero ya la consideraba suya, porque Annie Kildaire no sólo excitaba a la mayoría de sus instintos primitivos, ella era su compañera... y él era un gato posesivo.



## Capítulo 4

Annie ya estaba lista a las ocho de la mañana. Se sentía nerviosa y sobreexcitada, comprobó su ropa en el espejo una vez más. Había seguido el consejo de Zach y se había vestido por capas, empezando con una simple camiseta blanca y un suéter delgado de mezcla de cachemira que se sentía divino sobre la piel. Abajo, llevaba sus vaqueros favoritos, junto con un par de botas de excursionismo, en caso de que el viaje se volviera una caminata. Completando su equipo tenía una chaqueta acolchada.

—Parezco un huevo. —Caroline le había hecho comprar esa prenda de un amarillo alegre, insistiendo que le iluminaba la cara. Annie había estado de acuerdo porque parecía alegre pero no era muy favorecedora. Oh, bien, pensó, quitándosela y metiéndola en la pequeña mochila donde llevaba la cámara y el agua, no era como si esto fuera una cita. *Dulces sueños.*

El recuerdo de la voz de Zach hizo que el deseo saltara por sus venas. Todo lo que podía pensar era en lo que sería tener esa voz susurrando en su oído mientras esas fuertes manos la tocaban con audaz confianza.

—Oh, vamos. —Apretó una mano contra el estómago—. Tranquila, Annie. Cálmate.

Era difícil escuchar su propio consejo cuando había pasado toda la noche soñando con él. El tatuaje que había vislumbrado en el bíceps la fascinaba, en sus sueños, acariciaba con los dedos las líneas exóticas, presionaba los labios sobre esa carne llena de músculos... y luego tocaba otra parte más dura de su cuerpo.

—Todo el día —casi gimió y se pasó una mano por el pelo antes de darse cuenta de que se lo había recogido en una coleta. Ahora se miró en el espejo e hizo una mueca. Había evitado maquillarse, quien iba a un bosque con maquillaje, pero había cedido al impulso de ponerse algo de brillo. Les daba volumen... solo que sus labios ya tenían volumen.

—Argh. —Demasiado tarde, recordó por qué nunca utilizaba brillo. Buscaba un pañuelo para quitárselo cuando sonó el timbre de la puerta—. ¿Qué demonios?

Corriendo a la puerta, la abrió.

Un leopardo en piel humana estaba parado al otro lado.

—Esperaba despertarte —dijo, arrastrando las palabras y recostándose



contra la jamba—. Pero ya estás toda vestida. —Trató de parecer triste, pero las luces malvadas que bailaban en sus ojos lo hacían imposible.

—Llegas temprano —dijo ella, incapaz de dejar de mirarle fijamente. Llevaba un par de vaqueros desteñidos, botas de monte y una gruesa sudadera gris estampada con el símbolo de los Giants de San Francisco. Ropa normal, pero su pelo todavía estaba húmedo por la ducha y la mandíbula recién afeitada.

Eso fue todo lo que pudo hacer para no pasar las puntas de los dedos sobre la suave piel y atraer el olor masculino a sus pulmones.

—Me desperté temprano, tenía un sitio donde quería estar. —Le sonrió, lenta y persuasivamente—. ¿Vas a invitarme a entrar? —Levantando una mano, le mostró una bolsa de papel de estraza que tenía el logo de una panadería cercana—. Compré el desayuno.

Annie sabía que no debía permitirle que se saliera con la suya tan fácilmente, pero se apartó para darle la bienvenida.

—¿Qué has traído?

—Ven y mira. —Esperó a que cerrara la puerta, luego la siguió mientras iba a la cocina a través del salón de su apartamento—. Te gusta leer.

Ella le vio mirar los libros en la estantería, amontonados en la mesa de centro, colocados boca abajo en el brazo del sofá.

—Sí.

—A mí también. —Puso la bolsa en el mostrador y se deslizó en un taburete—. ¿Por qué estás ahí parada?

Ella le miraba desde el otro lado del mostrador.

—Pensaba hacer café.

—Bien. —Mantuvo la bolsa cerrada—. Pero no verás lo que hay aquí dentro hasta que no vengas aquí.

Definitivamente estaba coqueteando. Y ella definitivamente jugaba con fuego al permitirselo. Porque si había una cosa que sabía de hombres cambiantes depredadores, es que eran ferozmente posesivos y pertenecer a alguien no estaba en su orden del día. Por supuesto, ella también se salía con la suya. Él sólo coqueteaba. No era como si planeara arrastrarla a la capilla.

—¿Qué lees? —preguntó, diciéndose que estaba bien tratar de devolverle el coqueteo, que esta atracción que sentía hacia él no era nada más que sexual.

—Thrillers, algo de literatura de no ficción. —Echó una mirada a su cocina y al salón de planta abierta—. Es un lugar pequeño.

—Para ti, quizá. —Él era tan grande, tan desvergonzadamente masculino que, ocupaba todo el espacio... y amenazaba con ocuparla a ella también.



La miró, la expresión cambió a algo más oscuro e infinitamente más peligroso.

—Humm, tienes razón. Tú eres un poco más pequeña que yo.

Ella intentó controlar su respiración irregular mientras terminaba de hacer el café. Él se sentó y la miró con una paciencia felina que hizo que sus nervios chispearan en reacción.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Los últimos cinco años. Me mudé después de conseguir el trabajo docente.

—¿Viviste en casa antes?

Ella rió a través del sordo latido de su pulso.

—Señor, no. Me fui de allí a los dieciocho.

—¿No te sientes sola, Annie? —preguntó, su tono un calor líquido sobre la piel.

—Me gusta vivir sola. Pienso seguir así.

Pensó que le había sorprendido con eso, pero en vez de contestar, levantó la bolsa y levantó una ceja. Era un reto. Annie nunca se había considerado especialmente valiente, pero rodeó el mostrador. Él le hizo un gesto con la cabeza para que se sentara en el taburete a su lado.

Sabiendo que sería tonto negarse, lo cogió, frotándose el muslo con una mano. Él lo notó.

—¿Duele hoy?

—¿Qué? —Bajó la mirada—. Oh, no, no realmente. Es un hábito. —Estaba siempre un poco dolorida por las mañanas—. ¿Entonces, desayuno?

Sus ojos se volvieron felinos entre un instante y el siguiente. Annie aspiró un aliento ante la intensidad de esa mirada verde dorada.

—Vaya.

Él sonrió.

—Vamos a jugar.

Ella tenía la sensación de que jugar con este gran gatito era una idea muy mala, pero como ya se había rendido a la locura, respondió:

—¿Cuáles son las reglas?

—Cierra los ojos. Come lo que te doy y dime que es.

La idea de que la alimentara hizo que su corazón corriera a la velocidad de luz.

—¿Qué consigo si adivino correctamente?

—Un premio misterioso. —Bajó los párpados y ella pensó que



vislumbraba algo nervioso, algo que ardía con un calor masculino al rojo vivo, pero cuando él volvió a mirarla, no había nada más que diversión en esos ojos de leopardo—. ¿Sí?

—Sí. —Ella miró hipnotizada como abría la bolsa de papel con esas manos que quería tener por todas partes.

—Cierra los ojos, cariño.

Ella se tragó el hambre de un tipo diferente y dejó que los párpados revolotearan cerrándose. La hizo incluso más consciente de su olor, de su calor, de la pura presencia de Zach. Cuando él cambió de posición para poner uno de sus pies por fuera del taburete de ella, atrapándola de forma efectiva, Annie abrió la boca para decirle... algo.

Pero Zach le rozó los labios con el dedo.

—Saborea.

Él estaba por todas partes sobre ella, en su sangre, en la respiración.

Perdiendo su tren de pensamientos, cerró los dientes sobre el pastel que puso en sus labios. El pastel hojaldrado se fundió en su boca y se lamió los labios sin pensar en ello.

Zach pareció quedarse muy quieto, pero cuando habló, sus palabras fueron ligeras.

—¿Lo adivinas?

—Danés.

—Mal. —Ella fue a abrir los ojos, pero él dijo—, no, mantenlos cerrados.

—¿Por qué?

—Te daré otra oportunidad. Ahora mismo, solo me debes una prenda. Veamos si podemos igualarlo.

—¿Prenda? —Se preguntó por qué el pensamiento hizo que la excitación se arqueara por ella—. Nunca dijiste nada acerca de una prenda.

—Nunca preguntaste.

Como ella había pensado, jugar con este gato era una invitación a los problemas.

—Ahora lo hago.

—Más tarde. Primero, prueba esto. —Le puso algo más en su boca y ella mordió, decidida a conseguirlo esta vez, él sonaba demasiado encantado por la idea de que ella le debiera una prenda.

Sonrió.

—Magdalena de arándanos.

Un dedo le rozó los labios, haciéndole abrir los ojos de golpe.

—Un trozo —dijo.



—Oh.

Él no sonrió esta vez, la miraba con una intensidad que le recordó que pese a toda la diversión, era un soldado DarkRiver. Y los DarkRiver controlaban el área más grande de San Francisco. Más que eso, estaban aliados con los lobos sanguinarios de los SnowDancer.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Zach.

—Que eres peligroso.

—No para ti —dijo—. No te mordería a menos que me lo pidieras muy amablemente.

El calor le inundó las mejillas ante esa provocativa promesa y estuvo más que contenta de oír el timbre de la cafetera.

—El café está hecho, lo traeré.

La dejó ir, pero ella tuvo la sensación de que el juego sólo había empezado. Y que ella era la presa.

Zach quiso gemir de frustración mientras miraba a Annie moverse por la cocina. Había estado a un centímetro de besarla a fondo cuando se lamió los labios. Labios perfectos, succulentos, mordisqueables. Había resistido la tentación por dos razones. Uno, al gato le gustaba la persecución. Y dos, al hombre le gustaba la idea de tener a Annie fundiéndose con su toque. Planeaba seducirla hasta que ronroneara para él.

—Café. —Le puso una taza delante de él.

Zach tomó un sorbo, procurando comportarse cuando lo que realmente quería era atraerla de un tirón y tomarla. Paciencia, se dijo. Lo último que quería hacer era asustar a Annie con la furia salvaje de su hambre.

—Está bueno. —Suspirando con apreciación, le pasó la magdalena y el croissant hojaldrado con un centro de chocolate—. La razón de tu prenda.

Ella frunció el ceño ante el *pain au chocolat*.

—¿Entonces cancelamos la prenda?

—No, conseguiré mi prenda. —Los ojos vagaron a sus labios y se demoraron allí—. Un beso, Annie. Me debes un beso.

Ella separó los labios, su aliento salió un jadeo suave.

—Y —tosió— ¿mis ganancias?

—Te las daré hoy mismo más tarde. —Quería embeberse de su olor, especiado por la seducción de su creciente excitación. Sin embargo, esa excitación no estaba ni de lejos lo bastante cerca para saciar el salvajismo de su propia necesidad. Pero el gato era un cazador paciente. Para cuando el día terminara, planeaba haber engatusado y tentado a Annie Kildaire hasta que estuviera tan desesperada por él como él por ella.

—Ahora come o llegaremos tarde.



Ella mordisqueó el croissant, disparándole miradas rápidas mientras él terminaba el bagel que había comprado para sí.

—¿Cuándo vas a... cobrarla? —preguntó más tarde, quitando las tazas con una eficiencia femenina que no enmascaraba su respuesta sensible.

—Tengo todo el día. —Bajó del taburete y sonrió—. ¿Preparada?

—Pareces un gato cuando sonríes así —dijo—. Disfrutas provocándome.

Él se movió y le quitó la cesta que ella había cogido de la mesita del rincón.

—¿Qué es esto?

—Empaqué un par de cosas para el picnic y algunos bocados para el paseo.

El echó un vistazo.

—¿Bizcocho de chocolate?

—Bizcocho de chocolate doble—dijo, con una nota adorable de orgullo que le hizo querer reclamar su prenda de inmediato—. Lo hice anoche, para darle tiempo a asentarse.

—Serás la nueva mejor amiga de Sascha. —Inclinándose, le rozó la oreja con los labios—. Y sí, Profesora, me gusta provocarte.

Annie todavía no se había recuperado de la sensación de los labios sobre su piel cuando Zach la sacó de su apartamento en la planta baja y salieron a la calle. Un patente calor sexual aderezaba su provocación, pero ella no estaba bastante segura de cómo de lejos lo llevaría él. Si empujaba, ¿ella se rendiría?

La tentación era obviamente fuerte. No solo era guapo de la manera más masculina, sino que ella evidentemente le gustaba. Estar con Zach, aunque solo fuera una noche, sería, ella ya lo sabía, una delicia. Él no sería egoísta, pensó. El placer de su compañera le importaría. Y, dada su naturaleza, no era probable que deseara ninguna clase de compromiso.

Era perfecto.

Pero Annie se encontró vacilando. Ya reaccionaba a él más profundamente que ante cualquier otro hombre de toda su vida. Que le haría dormir con él, conocerle tan íntimamente... y luego ¿verle alejarse? Su mente pasó a ráfaga de imágenes. Eran todas de una mujer. Una mujer con años de desilusión en los ojos.

—Mira.

Saltó ante el sonido de su voz.

—¿Qué?

—Allí. —Zach indicó el parabrisas.

Ella abrió los ojos de par en par ante el desfile de automóviles antiguos



al otro lado de la carretera, todos los cuerpos enormes y brillantemente pintados. Eran tan viejos que no tenían mucha cilindrada, pero había algo muy atractivo en ellos.

—Parecen asombrosos. ¿Me pregunto a donde van?

—Leí algo acerca de una exposición de coches de época aproximadamente a veinte minutos de aquí. Podríamos dejarnos caer después del picnic.

A pesar de su temor por cómo rápidamente había conseguido meterse bajo su piel, ella no podía evitar estar encantada de que quisiera pasar más tiempo con ella. Pero tras su talones vino la desilusión.

—Tengo que regresar a las seis —dijo—. Cena familiar.

Zach le disparó una mirada rápida.

—No suenas muy entusiasmada.

Ella comprendió la sorpresa en su voz. Todos los gatos DarkRiver que conocía tenían una cosa en común, la familia era la piedra angular de su mundo. Y el clan era una extensa familia por lo que se refería a ellos; había visto aparecer a miembros mayores del clan en conferencias de padres más de una vez cuando el padre estaba enfermo o se iba a retrasar inevitablemente.

—Mi madre sigue intentando emparejarme con hombres.

La expresión de Zach cambió y por primera vez ella vio al soldado despiadado en él.

—¿Qué clase de hombres?

—Académicos. —Se encogió de hombros—. Mamá y papá son profesores en Berkeley, matemáticas y física respectivamente.

—¿Los académicos son tu tipo?

—No.

Él la miró otra vez y esos ojos se habían vuelto leopardo otra vez.

—¿Estás segura?

—Bastante.

Se encontró negándose a ser intimidada por la sensación de peligro inminente en el aire. Si cedía un centímetro, Zach tomaría un kilómetro. Y aunque quizás ella no fuera una hembra dominante, era importante que él la respetara. Frunció el entrecejo. Por supuesto que era importante, pero ese pensamiento, había sido tan vívido, tan fuerte, tan visceral, como si su mente supiera algo que todavía no estuviera preparada para compartir.

Entonces Zach habló otra vez, rompiendo su tren de pensamiento.

—Entonces te saltarás la cena.

Fue una orden pura y simple.



Annie abrió la boca. Lo que salió fue:

—No, te llevaré.



## Capítulo 5

La sonrisa de Zach fue abiertamente complacida.

—¿Qué dirá la cita a ciegas?

Ella no podía creer que hubiera hecho eso, que le hubiera ordenado hacer algo. Es más, no podía creer que él hubiera aceptado.

—Probablemente, gracias Dios.

—¿Ah sí?

—Mi prima Caroline también trabaja en la universidad. Los hombres entran esperando una belleza rubia escultural e intelectual y me encuentran a mí.

—¿Y?

Ella frunció el ceño, preguntándose si la estaba provocando otra vez.

—Y soy tan opuesta a Caro como puede ser.

—Si te ignoraron, es su pérdida. Peor para ellos. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres poner algo de música?

Ella parpadeó ante el modo que había desterrado las decepciones del pasado con esa sencilla declaración. Si no le gustara ya, eso lo habría logrado.

—No, debo decirte algo acerca de mi madre. —Tragó, dándose cuenta de que había liado las cosas. Si no hubiera mencionado la cena, podría haberse evitado esto.

Zach gimió.

—¿No me digas que es vegetariana? —preguntó como si fuera lo peor posible.

Ella supuso que para un cambiante leopardo, lo era.

—No. —Por una vez, él no pudo provocarle la sonrisa—. Mi madre está un poco... —trató de encontrar una manera fácil de decirlo y falló— influenciada contra los cambiantes.

—Ah. Déjame adivinar, ¿cree que sólo estamos un escalón por encima de los animales?

Ella sintió que era muy, muy, difícil discutir esto, pero tenía que advertirle acerca de lo que se encontraría si iba a la cena con ella.



—No es tan directa. No tiene problemas con otros humanos y admira a los psi, pero nunca quiso que saliera o me hiciera amiga de —levantó los dedos formando comillas— “el duro elemento cambiante”.

—¿Y tú?

Una pregunta engañosamente suave.

—Eso es un insulto, Zach —dijo igual de suave—. Si eso es lo que realmente piensas de mí...

Él juró.

—Lo siento, Annie, tienes razón, soy un asno. Mi única excusa es que apretaste un botón caliente.

—Lo sé. —No podía culparle por su reacción—. Me hace sentir realmente incómoda, pero he intentado que cambie de opinión y nunca ha funcionado.

—¿Qué piensa de que enseñes en una escuela con un población tan grande de cambiantes?

—Que es mi versión de la rebelión. —Se rió de su expresión y el malestar se disipó—. No, ella no parece darse cuenta de que me he hecho mayor, como dirían los niños.

—¿Por qué le permites salirse con la suya?

Comenzaba a esperar sus preguntas directas.

—Mi madre estaba en ese tren conmigo. Intentó, intentó e intentó sacarme, incluso aunque yo estaba atrapada bajo un montón de restos que no tenía la esperanza de mover. —La garganta se le cerró con la fuerza del recuerdo—. Tenía el brazo roto en aquel momento, pero no derramó ni una lágrima. Solo siguió tratando de sacarme.

Zach estiró la mano para rozarle la mejilla con los nudillos.

—Ella te quiere.

Encontró consuelo en el toque y cuando él devolvió la mano al volante, se dio cuenta de que de algún modo le había dado su fuerza.

—Sí. Por eso le permito salirse con la suya. —Reclinó la cabeza contra el asiento—. Esta cosa que tiene por los psi, la manera en que casi los deifica, también tiene sus raíces en el accidente.

—¿Cómo?

—Estaba ese chico, no sé de donde vino, pero era pequeño, de mi edad o más joven. Ojos de cardinal. —Tembló ante el recuerdo del frío de esos ojos extraordinarios de estrellas blancas sobre terciopelo negro. Los psi vivían vidas desprovistas de emoción, pero ella nunca había visto a un niño tan totalmente frío—. Levantó los restos.

—Telequinético. —Siseó Zach—. Tuviste suerte.



—Sí. —El Consejo no soltaba a sus telequinéticos para operaciones de salvamento mundanas, especialmente no cuando un incidente afectaba principalmente a humanos y cambiantes.

—Los médicos me dijeron que me había salvado la vida. Mis órganos internos estaban cerca de colapsar, unos pocos minutos más y no lo habría logrado.

—¿Averiguaste quien fue?

Sacudió la cabeza.

—Desapareció en el caos. Siempre he pensado que se teletransportó desde otra ubicación, después de verme de algún modo en la cobertura en directo. Recuerdo que había un helicóptero de televisión volando en lo alto, y si fue lo bastante fuerte para levantar la cantidad de restos como lo hizo, era lo bastante fuerte para teletransportarse. —Ella no podía imaginarse la fuerza de voluntad que se necesitaba para controlar tanto poder—. No pudo haber estado en el tren, su ropa estaba inmaculada, y no tenía ni una manchita en la cara.

—Los psi no nacen sin emociones —le contó Zach—, son condicionados a ello. Así que podría ser que todavía fuera lo bastante humano para sentir la necesidad de ayudar cuando vio lo que había sucedido.

—¿Cómo sabes lo del condicionamiento? —Contestó su propia pregunta un momento después—. Tu alfa está emparejado con una psi cardinal.

Las noticias de ese emparejamiento habían provocado ondas expansivas por todo el país.

—Sascha —dijo, asintiendo—. Vaughn, uno de los centinelas, también está emparejado con una psi.

Ella no podía imaginarse a un miembro de la raza fría de los psi abrazando la emoción. Pero los leopardos cambiantes se emparejan de por vida y el vínculo entre compañeros era una baliza deslumbrante visible incluso para un observador humano. Si estas mujeres se habían emparejado con gatos DarkRiver, indudablemente eran resplandecientes y tan fuertes como las otras mujeres que ella había visto.

—¿Los conoceré hoy?

—Sé que Luc y Sascha vienen. Es probable que Faith y Vaughn también. —Giró por un tranquilo camino bordeado de árboles—. Trataré de devolverte para las seis para que puedas prepararte para la cena, pero quizá debamos acortarlo.

Ella se mordió el interior de la mejilla.

—Creo que debería cancelarla. Realmente no quiero que mi madre... Odiaría que te sintieras...

—Eh —dijo, disparándole una mirada que hablaba del soldado interior—, soy un chico grande. Puedo manejarlo. Lo juro.



*Hay que cumplir las promesas.*

Decidiendo confiar en él, rebuscó su teléfono en el bolsillo de sus vaqueros.

—Le diré a mamá que llevo a alguien y que llegaremos tarde.

—Sí. Le dará tiempo a la cita a encontrar otra compañera.

Ese borde mortal había vuelto a su voz. Los músculos del estómago se le tensaron.

—¿Zach?

—Bien puedo dejar esto en claro. —Sacó el coche a una pequeña área de descanso y se giró apoyando la mano encima del borde del asiento de Annie—. No soy muy bueno compartiendo.

Ella tragó.

—Oh.

Zach podría haberse pateado. Había intentado relajarla por todos los medios, entonces el gato había estallado en un arranque de celos primitivos.

—¿Asustada?

La cautela se arrastró a los ojos de Annie, pero negó con la cabeza.

—Dijiste que no me morderías a menos que lo pidiera... muy amablemente.

La sorpresa hizo que su gato se congelara. Había olvidado que debajo de los rubores y los grandes ojos castaños había una mujer bastante capaz de darle un toque por su comportamiento.

—Eso es verdad —dijo arrastrando las palabras y permitiendo que el gato saliera a jugar—. Acércate y pídemelo.

Ella negó con la cabeza otra vez.

—Por favor.

Las mejillas se le ruborizaron pero él sabía que no era por la vergüenza. Su excitación era un susurro decadente en los límites del coche, una droga que su gato podría lamer durante horas. Pero lo que realmente quería hacer era lamerla a ella. Se acercó un poco más.

Ella levantó el teléfono.

—Necesito hacer esta llamada. —Su voz era jadeante, su tono ronco.

El instinto le instó a seguir empujando, pero no quería hacerla sentirse arrinconada. No, pensó, volviendo a su asiento, seguiría con la provocación en el bosque.

—Continua, cielo. —Sonrió—. Tengo todo el día para jugar contigo.

Ella inhaló.



—¿Es eso lo que esto es? ¿Un juego?

—Claro.

Volvió al camino, sabiendo que ella hablaba sobre más que su promesa de tentarla, la bonita y sexy Annie Kildaire pensaba que se dirigían a una aventura rápida y caliente. Sonrió interiormente. La pobrecita iba a conseguir una sorpresa tremenda cuando le contara toda la verdad, pero aún no estaba lista para eso.

—La mejor clase de juego.

Ella se quedó silenciosa durante unos minutos, luego la oyó marcar. Con ella tan cerca, podía oír ambas partes de la conversación. La mayoría de los humanos que vivían con cambiantes tendían a conseguir auriculares, así podían tener conversaciones privadas. Tendría que conseguirle un par a Annie, pensó distraídamente.

—Mamá, soy Annie. Acerca de esta noche —empezó.

—No te atrevas a cancelarla, Angelica Kildaire.

*¿Angelica?*

—No lo hago —dijo Annie, procurando obviamente contener su genio ante la respuesta aguda—. Llegaré tarde y...

—Hacemos esto por ti —interrumpió su madre—. Lo menos que puedes hacer es aparecer a la hora.

Annie se apretó la frente con los dedos y pareció contar mentalmente hasta cinco.

—Llevaré un invitado —siguió sin ninguna introducción—. Su nombre es Zach.

Completo silencio al otro lado. Luego:

—Cielo santo, Annie. Ahora me lo dices. Tendré que encontrar otra mujer para compensar la mesa. ¿Quién es él?

—Un soldado DarkRiver.

El silencio fue más largo y más profundo esta vez. Zach podía sentir la angustia de Annie ante su reacción, pero estaba orgulloso de que se mantuviera firme.

—¿Mamá?

—¿No eres un poco mayor para jueguecitos infantiles? —preguntó su madre—. Sé que algunas mujeres encuentran a esos tipos rudos atractivos, pero tú tienes un cerebro. ¿Cuánto tiempo piensas que podrás mantener ese compromiso?

El gato de Zach sonrió con feroz diversión. Estaba acostumbrado a las ideas preconcebidas que algunos humanos y de la mayoría de los psi, tenían sobre los cambiantes. La mayor parte del tiempo, le resbalaba. Pero esta vez, importaba. Porque era la madre de Annie.



—No voy a discutirlo contigo —respondió Annie con un tono final—. Iremos a cenar. Si prefieres que no vayamos, dilo.

—No, tráelo —fue la respuesta inmediata—. Quiero conocer a ese Zach que ha conseguido que le des órdenes a tu propia madre. —Colgó.

Annie miró fijamente el teléfono durante varios segundos antes de devolverlo al bolsillo.

—¿Cuánto has oído?

—Todo.

Ella se movió incómodamente.

—Lo siento.

—Annie, cariño, déjame a tu madre a mí. —Le disparó una sonrisa llena de deliberada maldad—. Hoy, quiero llevarte por el mal camino.

La sonrisa que ella le devolvió fue un poco tímida pero llena de una travesura callada que él se figuró que la mayoría de las personas nunca veía.

—¿Estás seguro que no estoy más allá de la redención?

Él rió entre dientes.

—¿Cómo podrías con un nombre como Angelica?

Ella le hizo una mueca.

—Soy una Annie, no una Angelica.

—Prefiero Ángel.

—¿Te gustan tus mujeres angelicales?

Él rió entre dientes.

—No, nena, me gusta mi mujer exactamente como es. —Supo que la había sorprendido, esperó para ver que haría.

—Entonces, esta cosa... ¿quieres más que sólo un día?

Él no iba a mentirle.

—¿Vas a huir si digo sí?

Entró en el bosque propiamente dicho, tomando un estrecho sendero que los llevó a una de las cascadas más pequeñas. Era sólo un hilito en este momento a causa del frío, pero todavía era una vista digna de admirar.

—¿Estoy aquí hoy, verdad? —Una pregunta con una leve ironía.

Saboreando el picante de ella en la lengua, él decidió que le gustaba.

—Completamente sola con un gato grande y malo que vuelve a pensar en su política de morder.

La excitación coloreó el aire otra vez y él aspiró un aliento para



contener la mayoría de sus instintos primitivos.

—Mira adelante —dijo, la voz ronca.

—¡Oh! —Abrió los ojos de par en par—. Es un ciervo —susurró, como si temiera que el animal la oyera—. Sus cuernos son inmensos.

Zach ralentizó el vehículo hasta que casi frenó pero el ciervo captó su olor y se disparó a los árboles.

—Lo siento. Tienden a dispersarse en el instante que huelen al leopardo. Es por lo que yo me encargo de los depredadores, es difícil para mí verificar los datos de los no depredadores.

—Sabes que son la presa. —Le miró—. ¿Los cazas?

—Cuando el gato lo necesita, sí. —La miró—. ¿Puedes manejar el saber eso?

—Enseño a muchos gatitos —le recordó con su voz estirada de profesora—. Puedo no ser una experta en la conducta de los cambiantes, pero he aprendido lo suficiente para saber que cuando están en forma animal, se comportan según las necesidades del animal.

Él no pudo evitarlo. Giró y mordió el aire haciéndola saltar. Cuando comenzó a reír entre dientes, ella entrecerró los ojos.

—Eres tan malo como Bryan. Le hace eso a Katie todo el tiempo.

—Le gusta, está colado por ella.

Annie retorció los labios.

—Eso es lo que pienso yo también. ¿Fue la pelea por Katie?

—Astuta, señorita Kildaire, pero he jurado guardar el secreto.

Riéndose de la mueca que hizo, estiró la mano y le tiró de la coleta.

—¿Lista para una pequeña excursión a pie?

Las sombras barrieron por su cara.

—¿No crees que pueda hacerlo?

Aparcó el vehículo al lado del sendero y se giró.

—Aún no conozco tus límites —le contestó honestamente—. Por eso pregunto.

Ella se ruborizó.

—Lo siento. Soy un poco susceptible con todo ese tema.

Él se encogió de hombros.

—Si creo que no puedes hacer algo, me aseguraré de que no lo hagas. —Proteger al vulnerable era instintivo. Proteger a Annie probablemente llegaría a ser una obsesión.

—¿Te asegurarás de que no lo haga? —El sonido pícaro de una hembra humana flexionando metafóricamente las garras.



—Definitivamente. —Le sostuvo la mirada—. Soy flexible, gatita, pero no pusilánime.

Su excitación fortaleció sus palabras, pero también la ira de ella.

—Como si fuera a creer eso.

—Annie, estás acostumbrada a los tipos académicos que probablemente te permiten andar por todas partes.

—Espera —empezó, los ojos ardiendo con genio.

Dios, era bonita. Se adelantó mientras ella estaba distraída y le agarró del mentón. Y la besó.



## Capítulo 6

Ella era más suave de lo que se había imaginado, más succulenta que nada que hubiera saboreado jamás. Gato y hombre ronronearon interiormente y cuando Annie separó los labios en un jadeo, él barrió dentro para probarla. Caramelo y tarta, inocencia y mujer, ella era su propia marca personal de embriaguez.

Le mordió el labio inferior, lo chupó, la dejó jadear otra vez antes de besarla de nuevo.

—Mmm. —Fue un sonido de puro placer mientras consentía su necesidad de tocar a esta mujer. Los cambiantes leopardo generalmente eran táctiles, algo que se traslucía en el cariño sensual de una relación. No siempre tenía que llevar al sexo. A veces era sólo por el placer del contacto piel con piel.

Cuando retrocedió, los labios de ella estaban un poco hinchados, sus pupilas dilatadas. Le frotó el labio inferior con el pulgar y trató de controlar su necesidad creciente. Ella no estaba lista, todavía no. Como había aprendido esta mañana, su exterior suave ocultaba un centro feroz de independencia, en el momento que ella supiera lo que él realmente quería, dejaría de jugar con él.

Y eso simplemente no era aceptable.

—Sabes cómo besar a un hombre, Ángel. —Dejó caer la mirada a la subida y bajada de los senos generosos. La tentación de acariciarlos era tan fuerte que apartó la mano de su barbilla y se la pasó por el pelo—. Acerca de esa excursión a pie...

Ella asintió con fuerza.

—Puedo andar.

—Dime si te duele.

—No dolerá.

Frunciendo el entrecejo, le agarró por la barbilla otra vez y ahora no estaba jugando.

—Hablo en serio, Annie. Debo poder confiar en ti. Te concedo eso. Tú dame honestidad. Es lo justo.

La expresión de Annie cambió otra vez, una verdadera sonrisa curvó sus labios.



—Lo haré, lo prometo. Probablemente dolerá algo, pero eso es normal. Si empeora, te lo diré.

Él quiso besarla otra vez pero sabía perfectamente bien que si no salían del coche rápidamente, acabaría por tomarla allí mismo, como algún joven cachondo en el coche de sus padres.

—Vamos. —Agarrando la pequeña mochila, metió su propia botella de agua dentro y abrió la puerta.

Ella se reunió con él a unos pocos metros del vehículo, la chaqueta amarilla esponjosa era un trocito de verano.

—Lo sé —dijo, cuando los ojos de Zach aterrizaron en ella—, parezco un patito.

Sin que él se preocupara por ponerse un abrigo, la cogió de la mano.

—No. Me gusta. —La mano era pequeña, pero no débil en la suya—. Encaja contigo.

Bonita, brillante y soleada, así era su Annie.

Anduvieron en silencio un rato y él sintió suspirar a su bestia de placer. El bosque era su hogar y llamaba a ambas partes de su alma. Pero hoy, tenía una nueva razón para la felicidad... Annie.

—Estás en forma —dijo él después de un rato.

—No a tu lado. —Ella compuso una mueca triste—. Sé que mantienes la zancada más corta por mí.

Él no lo había notado, el acto había sido natural.

—Por supuesto —dijo práctico—. ¿Cómo podría portarme mal contigo si te dejo a mi estela?

La sonrisa de ella fue asustadiza pero creció hasta que el leopardo se revolvió en la calidez, totalmente cautivado.

—Hago ejercicio —respondió ella—. Tengo que hacerlo o la pierna se paraliza.

—¿Todos los días?

Asintió.

—Ahora es un hábito. —Mirando como el camino serpenteaba en el bosque le cortó la respiración—. Esto es tan hermoso.

—Sí. —La miraba a la cara llena de alegría y sintió la mordedura muy afilada de la envidia. El gato realmente no era bueno compartiendo. Tampoco el hombre, él quería ser el único en poner esa mirada de placer en su cara. Pronto, se prometió.

Ella le miró, la sonrisa cambió a una mirada muy femenina de comprensión.

—Zach. —Sus labios se separaron.



Fue toda la invitación que él necesitó. Bajando la cabeza, reclamó otro beso atrevido, curvó la mano alrededor de la calidez sedosa de su cuello. Cuando las manos de ella descansaron en su pecho, el gato se estiró con placer en su interior. Quería esas manos sobre su piel desnuda, su hambre por ella era tan extremo que le haría escapar corriendo si lo averiguaba.

Con ese pensamiento en mente, sujetó las riendas. Aún así, no pudo evitar pellizcarle el labio.

Ella abrió los ojos de par en par mientras sus manos se apretaban en su pecho.

—Sólo tenías una prenda.

Él sintió su boca curvándose.

—Ponlo en mi cuenta —dijo sin un gramo de arrepentimiento.

Ella rió, y él supo que hoy iba a ser uno de los mejores días de su vida.



Varias horas más tarde, Annie suspiró y descansó la cabeza contra el asiento mientras Zach los llevaba al Círculo del Clan.

—Ha sido maravilloso. Gracias.

—Encajas aquí —dijo con tranquilidad, su voz carente de la alegría habitual—. La edad de los árboles, la inmensidad del bosque no te asusta.

—Me hace sentirme libre —admitió—. Aquí fuera, sin nadie mirando, esperando que tropiece. —Se preguntó cómo había acabado confiando en él tan rápidamente, lo bastante rápido como para revelar una vulnerabilidad que mantenía oculta incluso a sus amigos más cercanos.

La asustaba un poco, la intensidad de las emociones que crecían en su corazón. Trató de decirse que no era nada más que un enamoramiento tonto, pero todo en lo que podía pensar era en el modo en que sus besos habían tirado de su alma. Él se los había robado durante todo el día, hasta que sus labios recordaron la forma de los suyos y los pechos le dolieron por su toque.

Tragando, procuró redireccionar sus pensamientos.

—El Círculo del clan generalmente se mantiene en secreto.

—No llevamos a extraños allí —reconoció él—. Sólo en los que confiamos que hagan honor a nuestra fe.

El corazón de Annie se calentó de dentro afuera.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. Espera que conozcas al clan, son un grupo entrometido.

Los nervios despertaron al estado de vigilia cuando Zach aparcó el vehículo detrás de varios otros y se giró para rozarle la mejilla con los



nudillos.

—No te pongas nerviosa.

—Cómo sabes...

—Puedo oler el cambio en tu olor.

Ella todavía estaba allí sentada, la mente inundada con las implicaciones de lo que había dicho, cuando él rodeó el coche y le abrió la puerta.

—Vamos, Ángel. Vamos a enfrentarnos a las masas.

Ella salió pero no le agarró la mano.

—¿Puedes oler los cambios en mi cuerpo? —Le miró sacar la cesta de picnic del maletero.

—Sí. —Con la cesta en la mano, tiró de su mano haciendo que soltara los brazos que había envuelto alrededor de sí misma—. ¿Te molesta?

—Una mirada directa.

Ella no vio flirteo en esos ojos por primera vez en horas.

—Un poco —admitió.

—Te acostumbrarás a ello. —Lo dijo como si fuera inevitable.

No estaba segura. La intimidación era algo muy grande para ella, había pasado casi un año en el hospital, sólo para regresar a casa donde su madre estaba constantemente encima de ella. Esas experiencias se habían combinado para hacerla celosa acerca de proteger su espacio vital, y ¿qué era más personal, más privado, que su cuerpo?

Zach la miró mientras pasaban los otros coches.

—Es natural para nosotros —dijo—. No tendemos a advertir un olor particular a menos que sea algo que importa.

—Pero otras personas lo sabrán —dijo, su estómago con nudos. Podría aceptar su hambre por Zach, aceptar que él lo sabía, pero ¿tener a los otros también conscientes de ello?

Zach atrajo su mano a los labios y le besó los nudillos, la ternura la hizo deshacerse. Se dio cuenta de que él era, mucho más una amenaza para ella de lo que inicialmente había pensado. Si no tenía cuidado, Zach Quinn le robaría el corazón y la dejaría sin nada, su peor pesadilla hecha realidad. Pero incluso sabiendo eso, no pudo evitar acercarse cuando él tiró de ella.

—Tu excitación es un hilo vibrante a mí —susurró con voz ronca—, pero para los otros, será simplemente ruido de fondo. Estarán concentrados en sus compañeras, amantes, niños... hilos diferentes. Hay millones de ellos en cualquier instante.

Su explicación tenía sentido, el suficiente para liberar parte de la tensión de su estómago. Sin embargo, no pudo evitar ser un poco



cautelosa cuando entraron en el Círculo. Entonces varias personas gritaron hola, y, para su sorpresa, se dio cuenta de que aunque no todos eran padres, conocía a buen número de ellos por varios acontecimientos escolares. La simpatía la arrolló en una ola efervescente.

—¡Señorita Kildaire, ha venido! —Bryan patinó para detenerse—. ¿Le ha enseñado el tío Zach el bosque?

Consciente de las miradas interesadas de varios adultos, asintió.

—¿Qué has estado haciendo?

—Juego al escondite con Priyanka. —Con eso, huyó. Ella todavía sonreía a su espalda cuando sintió la mano de Zach en la parte baja de la espalda.

—Ven, quiero presentarte a alguien.

Fue con él, sabedora de la actitud posesiva implícita en su toque. Una campana de advertencia resonó en su cabeza, pero la acalló. Su naturaleza dominante no iba a ser un problema, no era como si fuera su compañero. Se iría tan pronto como hubiera satisfecho su curiosidad con ella.

—¿Dónde está la cesta de picnic? —preguntó, tratando de ignorar la puñalada de dolor provocada por ese último pensamiento. Después de todo, no tenía ningún deseo de atarse a un hombre, ni siquiera a uno tan atractivo como Zach.

—Se la di a uno de los jóvenes —contestó Zach con una sonrisa tan brillante que ella no pudo responderle con otra—. Cory la dejará con el resto de la comida para que todos puedan tomar lo que quieran. —Se detuvo al lado de una mujer anciana con el cabello blanco como la nieve y una cara que era un fuerte reflejo de la suya, Annie supo que eran parientes. No sólo eso, estaba claro de donde había heredado Zach la piel bronceada y los huesos.

Cuando se inclinó para besar la mejilla de la mujer, esta dijo:

—Zach, querido. —Los ojos fueron a Annie, y eran tan agudos como su cuerpo tonificado. Dado la manera que estaba de pie, su fuerza flexible, Annie adivinó que también era un soldado. No era sorprendente, los cambiantes no decaían hasta bien entrados en los ochenta o noventa—. ¿Y a quién me has traído?

—Abuelita, esta es Annie —dijo Zach, su amor por su abuela era una luz brillante en sus ojos. La golpeó directo al intestino, haciéndole preguntarse cómo sería tener ese amor abierto y poderoso dirigido a ella—. Mi abuela, Cerise.

Cerise tendió ambas manos, la sonrisa tan acogedora que Annie aceptó el toque sin vacilación.

—No permitas que este chico te convenza de cosas malvadas —dijo Cerise—. Se ha estado saliendo con la suya desde la primera vez que miró a su madre y revoloteó esas bonitas pestañas.



Annie sintió los labios curvarse, pero antes de poder contestar, Zach fue atacado por un par de idénticas chicas adolescentes.

—¡Zach! —chillaron, envolviendo los brazos a su alrededor por los dos lados—. ¡No te hemos visto en años!

—Me visteis hace tres días. —Riéndose, las abrazó.

Los ojos brillantes aterrizaron en Annie.

—Oooooooh —dijo una de ellas—, has traído a una chiiiiiiiiiiiiiccccccaaaa.

—¿Quién es? —susurró su gemela, apartándose a un lado la cascada de suave pelo negro—. ¿Dónde la encontraste? ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

Cerise frunció el entrecejo.

—¡Chicas, modales!

Las chicas sonrieron.

—Lo sentimos, abuela.

Zach la miró.

—Annie, conoce a mis hermanas pequeñas. Tontita y Risita tonta.

—¡Oye! —Los dos le golpearon el pecho.

—Soy Lissa y ella es Noelle —dijo la de la izquierda.

Annie comenzaba a ser capaz de diferenciarlas. Ambas eran seguras de sí mismas y alegres, pero Lissa tenía más travesura en los ojos, mientras que la sonrisa de Noelle era lo bastante amplia para iluminar cualquier habitación donde entrara.

—Encantada de conocerlos.

Cerise le apretó las manos antes de soltarlas.

—¿Dónde están vuestras hermanas? —preguntó a las gemelas.

Annie sintió que sus ojos se abrían más. ¿Más hermanas? Zach vio su mirada y comenzó a reírse.

—Cuatro —dijo—. Cuatro. Jess, la madre de Bryan, y Poppy, son mayores que estas dos mocosas.

—Venga, sabes que nos quieres, hermano mayor. —Lissa se estiró para besarle la mandíbula—. Iré a buscarlas. Querrán conocer a tu chica.

—Hablares contigo más tarde, Annie. —Meneando los dedos, Noelle corrió con su gemela.

Annie no supo si reírse o sacudir la cabeza con asombro.

—¿Cuatro hermanas más jóvenes?

Él pasó un brazo sobre sus hombros y la abrazó a su lado.



—Ellas son la razón de mis canas. ¿Ves? —Bajó la cabeza.

La seda oscura de su cabello le hizo querer acariciarlo

—Eres un gran mentiroso. No tienes ni una simple cana. —Sostenida contra él, nunca se había sentido más segura ni más protegida.

El temor se incendió. Bien, pensó, sofocando la emoción, esta relación se estaba convirtiendo en más importante de lo que había creído originalmente, pero no era como si fuera a hacer algo estúpido, como comenzar a depender de Zach.

Cerise rió.

—Te tienen calado, chico. Apuesto a que se llevará de maravilla con Jess.

—Hablando de Jess —Annie frunció el entrecejo— ¿no tiene Bryan un hermano mayor? ¿Cuándo se casó Jess? Emparejada —se corrigió.

Cerise fue quien contestó.

—A los veinte. Ahora tiene treinta, es sólo un año más joven que Zachary. El mayor tiene nueve.

—Veinte es tan joven —murmuró.

—Encontró a su compañero pronto —dijo Zach con una alegría brillante en su tono, el amor de un hermano por su hermana—. Y eso fue todo. Ella siempre deseó una familia grande, así que los niños vinieron pronto. Es feliz.

Una declaración sencilla y aún así hablaba de tanto amor, tanta confianza. Annie no podía imaginarse dando ese gran salto de fe, poniendo tanto de ella misma en las manos de un hombre.

—Sí, es muy feliz —añadió Cerise—. Pero basta de conversación familiar, ¿por qué no cogéis algo de comida antes de que los jóvenes se lo zampen todo? Juro que no sé donde lo meten.

—A la pierna hueca que cada chico adolescente posee, por supuesto. —La voz era masculina y familiar.

—Lucas. —Cerise se abrazó al hombre alto con ojos verdes, mientras Annie lo identificaba como el alfa DarkRiver.

—Oh, querido. —La abuela de Zach retrocedió, su atención fija en algo por encima del hombro de Lucas—. Creo que debo ir al rescate de un cachorro que ha trepado un poco demasiado alto. Y si no es uno de los chicos de Tammy, me comeré la bota. —Se dirigió en dirección a un antiguo abeto, desde donde Annie podía oír las tensas súplicas de un gruñido adorable.

—Hola, ¿Annie, verdad? —Lucas le tendió la mano.

Cuando ella la estrechó, tuvo la más extraña sensación de que todos la miraban.



—Buena memoria. Sólo me has visto una vez, durante el desfile de Navidad del año pasado.

Él sonrió.

—Digamos que he tenido algo de información por adelantado. ¿Así que, cómo fue la visita?

—Perfecta —respondió Zach, apretando el brazo alrededor de ella—. Pero por alguna razón insondable, Annie todavía está decidiendo si quiere salir conmigo.

—¡Zach! —Le fulminó con la mirada.

Él sonrió y dejó caer un rápido beso en sus labios.

Ruborizándose, ella se preguntó si tal cariño público era normal dentro del clan. Tuvo la respuesta unos pocos momentos después cuando una mujer exóticamente hermosa envolvió sus brazos alrededor del cuello de Lucas por detrás y depositó un beso en su mandíbula. Los ojos, cuando se encontraron con los de Annie, eran el cielo nocturno de un cardinal psi. Estrellas blancas sobre terciopelo negro.

—Hola, tú debes de ser Annie. —Su voz era brisas de verano y fuegos al aire libre, acogedora y amable—. Lissa y Noelle —explicó ante la mirada sorprendida de Annie—. Les han estado contando a todos que codician tu chaqueta. Planean cautivarte antes de que te marches y quitártela. Ten cuidado.

Annie no pudo hacer nada más que sonreír en respuesta al calor de esa voz.

—Gracias por la advertencia.

—Sascha —dijo Zach—, Annie ha hecho bizcocho de chocolate con glaseado de chocolate.

La cara de Sascha se iluminó como la de un niño.

—¿De verdad? —Se movió para agarrar la mano de Lucas—. Vamos, o los jóvenes se la comerán toda. ¡Hablaré contigo más tarde, Annie!

Annie miró marcharse a la pareja y dejó salir un suspiro.

—Tu clan es... abrumador.

—Te acostumbrarás a ellos. —Se frotó la nuca—. Solo sienten curiosidad por ti.

Annie sintió otro parpadeo de advertencia en la mente, pero entonces otra persona gritó el nombre de Zach, y fue presentada a más personas; luego Zach la alimentó con la sonrisa provocativa del gato coqueteando en los labios y olvidó lo que le preocupaba.





## Capítulo 7

Llegaron al apartamento unos minutos después de las seis.

—Me ducharé y cambiaré rápidamente —le dijo mientras abría la puerta y entraba.

—¿Puedo utilizar tu ducha después? —Levantó el portatrajes que había llevado consigo—. Conseguí que un compañero del clan se dejara caer por mi casa y lo llevara al picnic. Quiero dar una buena primera impresión a tu gente.

El estómago de Annie se hundió.

—Probablemente no supondrá ninguna diferencia.

—Te lo he dicho, no te preocupes. —Dejando el portatraje sobre el respaldo de sofá se le acercó—. Ve a ducharte. —Fue un susurro que implicaba todo tipo de cosas pecadoras—. Me sentaré aquí fuera e imaginaré las gotitas corriendo por tu piel, tocándote... acariciándote.

Ella sintió que le temblaban las piernas.

—Entra conmigo. —Fue la invitación más valiente que jamás había hecho.

Él sonrió.

—Planeo hacerlo. Pero hoy no. —Le rozó los labios con los suyos—. Cuando me duche contigo, no quiero un límite de tiempo.

—Oh. —Su mente la bombardeó con imágenes de las cosas indudablemente deliciosas que él le haría en la ducha—. Debería ir...

Él frotó un pulgar sobre el labio inferior antes de sacudir la cabeza y echarse para atrás.

—Vete, antes de que olvide mis buenas intenciones. Nunca llegaríamos a la cena.

Ella vaciló.

Él le dio un golpecito en el culo.

—Ni siquiera lo intentes. Voy a reunirme con tus padres. —Así podría mirarles a los ojos y les dejaría saber que a pesar de lo que pensaron de él, ahora estaba en la vida de su hija y tendrían que tratar con ello. No más citas a ciegas.



—Mandón. —Annie le frunció el ceño pero entró en el dormitorio para coger sus cosas.

Pronto iba a estar toda caliente, mojada y desnuda.

—Cristo.

Pasándose las manos por el pelo, trató de calmar el empuje duro de su polla. Se negó. Especialmente dado que podía oír el susurro de tela deslizándose por la piel, de las botas golpeando el suelo, del encaje al ser quitado... o quizá era su imaginación. Pero definitivamente oyó la ducha correr.

Gimiendo, comenzó a pasear por la habitación, distrayéndose mirando las cosas de Annie. Aparte de libros, tenía varias holoimágenes en las paredes. Fotos familiares, supuso, notando su parecido con la mujer mayor del retrato central. El hombre en la foto, su padre, asumió, sonreía afablemente, pero había algo en él que al gato le pareció distante.

La ducha se apagó.

—¡Ducha libre! —gritó unos minutos más tarde.

Él le dio otro par de minutos para encerrarse en el dormitorio, inseguro de poder resistir si la veía envuelta en la temporalidad tentadora de una toalla fácilmente quitable. Cuando entró en el pequeño hueco alicatado por fin, fue para encontrarlo lleno de vaho con el olor fastuoso de alguna loción femenina. Pero el jabón, le alegró ver, no era nada femenino. Un hombre tenía que tener estándares, pensó, y programó una ducha helada. Por fin consiguió enfriar su cuerpo.

Annie estaba sentada en el coche de Zach en la entrada de casa de sus padres y se retorció los dedos en el regazo.

—Nunca he llevado un hombre a casa —dejó escapar—. No parecía merecer el jaleo.

—Estoy halagado.

Ella le frunció el entrecejo.

—No te burles. —Pero sintió que los nervios se le aflojaban un poco—. Vamos, mejor que acabemos con esto. —Abriendo la puerta, salió.

Se encontraron delante del vehículo.

—Por lo menos es una noche agradable —dijo.

Zach la abrazó con la gracia perezosa del leopardo que era.

—Me gusta tu vestido —murmuró, jugando con las puntas de los dedos sobre la cadera.

—Oh. —Los nervios se le crisparon otra vez, por una razón diferente. Había escogido el vestido negro cruzado porque eso no le daría a su madre nada de lo que quejarse.

Pero las palabras de Zach le hicieron darse cuenta de que eso podría



calificarla como sexy.

—¿Crees que no estoy lo bastante delgada para ponérmelo?

—Te lo diré esta noche... después de desenvolverte. —La hizo sonar como un regalo.

Ella sintió que sus ojos se abrían de par en par, el pulso saltó.

—Compórtate.

—¿Conseguiré desenvolverte?

Un momento de silencio, el cielo nocturno recortado con fragmentos de diamantes centelleantes.

—Sí. —Quería bailar con la ferocidad en él, quería sentir lo que era ser tratada como una mujer hermosa y sensual. Pero más que eso, quería yacer con este hombre que ya se había hecho un lugar para él mismo en el corazón.

Sabía que estaba a punto de romper una de sus reglas más fundamentales al profundizar en esta relación, al poner el corazón en la línea, pero también sabía que si no amaba a Zach, lo lamentaría durante el resto de su vida. Quizás, pensó por primera vez, quizás las elecciones de su madre no habían sido tan sencillas como la niña en Annie siempre había creído. Quizás con el hombre que importaba, no había elección, ninguna manera de protegerte contra el fin inevitable del sueño.

—Sí —dijo otra vez—. Vas a desenvolverme.

—Entonces me portaré lo mejor posible. —La besó en la sien—. Vamos, Ángel.

Ella ya estaba acostumbrada al apodo. Por extraño como fuera, se sentía como si él la hubiera estado llamando así desde siempre... como si fuera correcto. Al acercarse a la puerta, retuvo la sensación de opresión como un talismán.

—Aquí vamos.

Apretó el timbre.

Su madre abrió un par de segundos después.

Vestida con un severo vestido negro acentuado con un discreto collar de perlas y el pelo oscuro sujeto en un suave moño, Kimberly Kildaire parecía lo que era, una profesional exitosa y sofisticada. Nade podría haber adivinado la vulnerabilidad profunda que Annie sabía que subyacía bajo la superficie pulida.

—Angelica. —Su madre se inclinó hacia delante para permitir que Annie le diera un besito en la mejilla.

Después de retroceder, dijo:

—Mamá, este es Zach Quinn.

La expresión de su madre no cambió, pero Annie sabía que Kimberly



había notado todo acerca del hombre a su lado, desde su traje negro, a la hebilla de plata brillante del cinturón, pasando por su camisa blanca nueva. Abierta por el cuello, le daba un aspecto formal y relajado. Ella había estado a punto de tragarse la lengua cuando salió del dormitorio y le vio esperándola en la puerta.

El Zach salvaje era suficiente para volarle el cerebro, pero el Zach jugando a ser domesticado... uauh.

—Señor Quinn —respondió su madre, tendiéndole la mano, la profesora Kildaire no tendría muy buena opinión sobre los cambiantes, pero nadie jamás le criticaría sus modales.

—Señora Kildaire.

Soltando la mano, Kimberly retrocedió.

—Entrad. —Los guió por el pasillo al salón de abajo a la derecha.

Había muchas más personas mezclándose de lo que Annie había esperado.

—¿Pensé que se suponía que iba a ser una pequeña cena?

La sonrisa de su madre no hizo nada para calentar la desaprobación fría de sus ojos.

—He invitado a algunas personas de la universidad. Pensé que tu... amigo se sentiría más cómodo si no era sólo familiar.

Era un insulto muy sutil. El profesor Markson era digno de una cena familiar. Zach no. El genio la pinchó, no tanto por el desaire contra Zach, él era lo bastante duro para cuidar de sí mismo, sino porque Annie no podía creer que su madre tratara de sabotear su relación con Zach con una rudeza tan calculada.

Pero antes de poder decir algo que luego no pudiera arreglar, Zach le apretó la cadera levemente, y dijo:

—Me siento honrado de que se haya tomado tantas molestias para hacérmelo más fácil. —Su voz era suave como el whisky y cálida—. Sé cómo de cercana es Annie para usted, así que estoy encantado por la bienvenida.

Annie vio la expresión de su madre vacilar durante un segundo, pero Kimberly Kildaire era de lo más rápida.

—Por supuesto. Venga, le presentaré. —Les guió al grupo de personas curiosas del salón.

Caroline fue la primera en acercarse. Aunque se dijo que no, Annie se encontró tensándose mientras esperaba a ver la reacción de Zach ante su prima. Caro era una de sus personas favoritas en el mundo. También era imposiblemente impresionante. Annie nunca antes había estado celosa del modo en que su prima atraía a los hombres como polillas a una llama, ningún hombre le había importado jamás lo suficiente. Pero Zach sí.



Le vio sonreír ante la exuberante bienvenida de Caroline... pero fue la misma clase de sonrisa como había compartido con sus hermanas.

—Felicidades por su bebé —dijo, su voz suave.

Caroline sonrió ampliamente.

—¿Cómo lo sabe? Aún no se me nota. ¡No puedo esperar a estar gorda como una Madona! Oh, y quiero el brillo del que todos hablan, ¡quiero tanto brillar!

Zach arqueó los labios.

—No creo que deba preocuparse. Ya brilla.

Caroline rió.

—Es un hombre encantador, ¿verdad? —Miró a Annie—. Me gusta, Annie. Te dará hermosos bebés.

—¡Caro! —Annie no sabía si ruborizarse o agradecerle a su prima que hubiera roto el hielo tan completamente.

Varias personas rieron, y Zach le envió una sonrisa provocativa, sus ojos ardientes de un modo que no habían estado para Caro.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó su madre con mordacidad—. Caroline tiene razón, apenas se le nota. Ni siquiera la mayoría de las mujeres lo notan.

—Su olor, señora Kildaire —contestó Zach con candor—. Los cambiantes siempre saben cuando una mujer tiene una vida dentro de ella.

—¿Una invasión de la intimidad, diría usted, verdad? —Kimberly levantó una ceja.

Zach se encogió de hombros.

—Es simplemente otro sentido. Sucede que nuestros sentidos son más agudos en esa área, no es diferente a como un psi-m es capaz de ver en el interior del cuerpo, o a usted mismo pudiendo decir su condición porque conoce los sutiles signos físicos.

Annie se mordió el interior de la mejilla para evitar intervenir. Caro aprovechó la oportunidad para susurrar.

—Oh, es bueno. ¿Dónde encontraste al señor Para chuparse los dedos?

Annie le lanzó una mirada para que se callara.

—¿Dónde está Araan?

—Mi querido marido está volviendo de una reunión en Tahoe. Probablemente llegará a tiempo para el postre. —Sonrió—. Sé lo que tienes para el postre.

Annie sintió la mano de Zach moverse en su cintura. Era obvio que había oído la escandalosa predicción de Caro y le gustaba la idea. Sin embargo, cuando alzó la mirada, fue para encontrar toda su atención no



en ella, sino en otra persona, un extraño al que su madre hacía gestos.

—Este es el Profesor Jeremy Markson —decía—. Este es el... amigo de Annie... Zach Quinn.

Dado que su propio genio estaba cerca de encenderse, Annie se figuró que Zach explotaría esta vez, había hablado con franqueza al decir que no compartía. Pero, para su sorpresa, se quedó completamente relajado.

—Markson. —Zach inclinó la cabeza en reconocimiento masculino—. ¿Cuál es su campo, profesor?

—Física molecular —respondió Markson—. Es un tema fascinante. ¿Sabe algo acerca de ello?

*Imbécil arrogante, pensó Annie.*

—No, nada, profesor —dijo ella antes de que Zach pudiera responder—. Quizás pudiera iluminarme.

El profesor parpadeó, como si no hubiera esperado que ella hablara.

—Bien, yo...

—Cuéntales tú último proyecto —animó su madre, disparando puñales a Annie.

Markson asintió y empezó. Los ojos de Annie comenzaron a ponerse vidriosos después de los primeros minutos.

—Eso es tan interesante —dijo, cuando él se detuvo para respirar—. ¿Trabaja usted con mi padre?

—Sí. —Sonrió.

—¿Dónde está papá? —preguntó Annie, cambiando deliberadamente el foco de la conversación.

Su madre gesticuló con una mano.

—Ya conoces a tu padre. Probablemente está perdido en la investigación. —Las palabras fueron ligeras, pero Annie oyó la herida que Kimberly nunca había dejado de sentir—. Prometió que trataría de estar aquí cuando la cena se sirviera.

Lo que significaba según sabía Annie que tendrían suerte si lo veían esta noche.

—¿Cuál es el menú? —preguntó con una sonrisa, odiando ese dolor en los ojos de su madre.

Kimberly carraspeó.

—He hecho tu plato favorito de verduras como entrada. —Sus palabras fueron sinceras, su amor sincero—. No empieces, Caro —dijo, cuando Caroline abrió la boca—. He hecho tu pastel favorito también.

—Por eso eres mi tía favorita.

Por suerte, la conversación permaneció ligera y tranquila desde ese



momento. Estaban a punto de dirigirse al comedor cuando maravilla de las maravillas, entró su padre. Erik Kildaire estaba vestido con las ropas arrugadas de un hombre a quien el aspecto importa poco, pero parecía estar con ellos hoy, más que en su cabeza.

La cara de su madre se iluminó desde dentro y Annie sonrió.

—Es bueno verte, papá —dijo, aceptando el beso entusiasta de su padre en la mejilla. El amor le llenó el corazón, pero era un amor que había aprendido a ser cauteloso. Ella nunca había tenido con su padre la relación complicada que tenía con su madre, pero eso era probablemente porque él nunca había estado a su alrededor para discutir con ella. Una forma diferente de hacerse daño.

—¿Y quién es este? —preguntó, mirando a Zach de arriba abajo mientras deslizaba un brazo en torno a la cintura de su madre.

Annie hizo las presentaciones, pero la reacción de su padre no fue la que había esperado.

—Zach Quinn —murmuró—. Me es familiar. Zach Quinn. Zach,... —La niebla se aclaró—. ¿El mismo Zachary Quinn que publicó un estudio sobre la población de gatos salvajes de Yosemite el año pasado?

A su lado, Zach asintió.

—Me sorprende que haya reconocido mi nombre.

—No es mi departamento —reconoció su padre—, pero mi buen amigo Ted, el profesor Ingram, estuvo muy emocionado por ello. Dijo que fue la mejor tesis doctoral que había visto en toda su tenencia.

¿Zach tenía un doctorado?

Annie podría haberle pateado por haberle ocultado eso, especialmente cuando su madre le disparó una mirada de acusación. Por suerte, su padre dijo algo en ese momento y alejó a su madre, dejando a Zach y Annie solos por primera vez desde su llegada. Ella levantó una ceja.

—¿Guardando secretos?

Él tuvo la gracia de parecer un poco tímido.

—Para ser honesto, no creí que alguien se diera cuenta o le importara. Me dijiste que era gente de matemáticas y física.

—Mi padre sabe todo acerca de todos. Y un doctorado es un doctorado. —Le golpeó el pecho con un puño suavemente—. Si me hubieras dicho que tenías uno, no me habría preocupado tanto por la reacción de mi madre, ni siquiera ella puede tener algo en contra de un doctorado.

—La opinión de tu madre no es la que me importa. ¿Te importa a ti el doctorado, Annie? —La mirada de sus ojos era precavida.

La insinuación de extraña vulnerabilidad la atrapó desprevenida.

—Zach, si los doctorados me importaran —dijo con honestidad—, me habría casado con el tres veces doctor en física que mi madre escogió



para mí cuando tenía veintidós. O con el doctor en medicina con más letras después de su nombre que el alfabeto. O con el multi publicado mierdecilla que sólo me miraba fijamente a los pechos en cada comida.

La sonrisa de Zach casi le rompió las mejillas.

—El hombre tenía un excelente gusto.

—Deja de hacer que me ruborice. —Pero ya no lo estaba, ya no más... de algún modo, Zach Quinn se había ganado la confianza de su vulnerable corazón femenino.

La asustó, la atemorizó.

Pero antes de que la emoción oscura pudiera crecer, Zach se inclinó para rozarle los labios con los suyos, suavemente, actuando a la manera de los cambiantes, sin importarle que tuvieran audiencia.

Cuando se apartó, ella se reclinó contra él, el temor, si no olvidado, entonces por lo menos enjaulado temporalmente.



## Capítulo 8

Dos horas y media más tarde, Zach se encontró en el balcón sorbiendo café mientras Annie estaba dentro, charlando con su prima. Dios, era hermosa, todo lo que quería era llevarla a casa, mantenerla a salvo y guardarla sólo para él.

Era una parte inalterable de él, esta actitud posesiva provenía del gato y del hombre. Pero no importaban sus primitivos instintos, no le haría eso a Annie, no la encerraría de esa manera. Aún así, necesitaba marcarla, tomarla hasta que su olor estuviera tan incrustado en la piel de ella que nadie se atreviera a cuestionar su derecho sobre ella. Un deseo animal. A menudo, el corazón del animal era mucho más puro, mucho más honesto, que el hombre pensante.

—Señor Quinn.

Miró a Kimberly Kildaire.

—Por favor, llámeme Zach.

—Zach. —Una cabezada regia—. Permítame que vaya al grano, desde el instante que Angelica me habló de usted, me preparé para que me disgustara.

—Eso supuse.

—He cambiado de opinión.

Zach levantó una ceja.

—¿El doctorado?

—No. En ciertos departamentos, cualquier mono puede conseguir un doctorado. —Eso fue lanzarle el guante.

Él lo recogió.

—Buena cosa que yo sea un leopardo, entonces.

Los labios de ella amenazaron con sonreír.

—Yo siempre he empujado a Annie hacia hombres que son más cerebrales que físicos.

Zach esperó con la paciencia tranquila de un depredador.

—Fue una elección consciente —dijo Kimberly sin disculpa—, mi manera de asegurarme de que nunca correría peligro otra vez. Incluso rechacé a un ingeniero brillante como una posible pareja porque se iba con



frecuencia a trabajar en proyectos a ubicaciones remotas. Su humanidad importaba menos que el peligro al que podría haber expuesto a Annie.

Se encontró con la mirada de Zach.

—Para ser bastante directa, los cambiantes elevan el posible peligro a la enésima potencia. Vuestra naturaleza es una llena de violencia en tierra salvaje.

Él estaba anonadado por su candor.

—Está muy enterada.

—Sé que otros podrían decir que intelectualizo los prejuicios, pero no soy una fanática. —Le mantuvo la mirada con una fuerza que él sospechó había sido afilada sobreviviendo a una vida de dolor—. Simplemente quiero a mi hija a salvo. Casi la vi morir una vez, no es algo que quiera presenciar otra vez.

Su gato no detectó mentiras en ella.

—La mantendré a salvo.

—Tengo el presentimiento de que lo harás. Parece que cometí un error crítico, al pensar que la podías guiar al peligro olvidé que los cambiantes depredadores son también conocidos por su buena disposición a proteger hasta la muerte.

Sus ojos, los ojos de Annie, chocaron con los suyos.

—Pero no es por eso que me he decidido por ti.

—¿Oh?

—Es por como la miras, Zach. Como si ella fuera tu sol. —Se quedó sin voz—. Quiero eso para mi hija. Nunca dejes de mirarla de ese modo.

Zach estiró la mano y le tocó levemente el brazo, presintiendo cuán quebradiza era su serenidad en ese momento.

—Se lo prometo.

Un asentimiento brusco.

—Perdóname, debo mezclarme entre la gente.

Mientras ella se alejaba, Zach dejó salir el aliento.

Cada vez le estaba quedando más claro que tenía un camino mucho más duro con Annie del que inicialmente había pensado. Ella había crecido viendo a su madre amar a un hombre, que, francamente, no la amaba del mismo modo.

Después de sólo una reunión, Zach sabía que Erik Kildaire estaba dedicado a su trabajo, mientras que Kimberly estaba dedicada a él. La despreocupación con que Erik había aplastado el corazón de su esposa hacía una hora, besándola en la mejilla y diciéndole que tenía algo importante que hacer en el laboratorio, había enojado a Zach lo suficiente como para haber tenido que luchar contra el impulso de decir algo.



Annie nunca tendría que preocuparse por esa clase de dolor con él. Una vez que el gato se decidía por una mujer, no se acobardaba. La devoción era casi obsesión para los de su clase, y él estaba en paz con eso. Pero las palabras no convencerían a Annie, ella tendría que ser acariciada para que confiara en él, para que dependiera de él. Porque no sólo era cautelosa en el amor, había llegado a ser casi tercamente independiente en su deseo de evitar abrirse para sufrir dolor.

Le gustaba vivir sola. Tenía intención de seguir así.

Eso, pensó él, con el gato poniéndose en posición de caza, era demasiado malo. Pero incluso mientras el depredador en él se preparaba para la caza, una vulnerabilidad despiadada le crecía en el corazón. Necesitaba la confianza de Annie, necesitaba la seguridad de saber que ella vendría a él sin importar nada. Si no lo hacía... No, pensó, apretando la mandíbula, eso simplemente no era una opción. Annie era suya. Fin de la historia.



—¿Qué magia has aplicado con mi madre? —preguntó Annie, mientras entraban en su apartamento.

—Ese es mi secreto. —Cerró la puerta y se acercó por detrás.

El corazón de Annie se aceleró. Iba a acostarse con él, con este hombre que había conocido ayer mismo. Pero se sentía como si nunca hubieran sido extraños, era tan fácil estar con él.

Cuidado, Annie.

El temor se alzó en una ola insidiosa, mostrando su imagen después de la imagen de la cara de Kimberly mientras miraba alejarse a Erik. ¿Era eso lo que la aguardaba? ¿Importaba la pregunta ahora que había decidido aprovechar la oportunidad y capear el dolor cuando llegara?

—Eh. —Zach la detuvo, acariciando el cuello con la nariz por detrás mientras las manos se cerraban sobre las caderas—. Deja de pensar tan fuerte.

—No puedo evitarlo —susurró—. No soy... —Se mordió el labio, tratando de pensar en una manera de decirlo sin traicionar en cuán increíblemente importante se había convertido él para ella en tan poco tiempo.

—No eres de la clase de chica que besa y se va como si no significara nada —respondió él, pasando los labios levemente sobre su piel, haciéndola temblar—. Yo tampoco. Esto no es un lígüe de una noche.

—Los cambiantes viven con reglas diferentes.

La lamió y ella sintió que el bolso se le resbalaba de la mano al suelo.

—Zach. —Un susurro, quizás una súplica.

Él la abrazó más estrechamente.



—Quizás seamos más táctiles que los humanos, pero no es nada casual. Es acerca de la amistad, acerca del placer, acerca de la confianza.

—Suenan maravilloso.

—Lo es. —Otro beso sobre la piel sensible del cuello—. Confía en mí, Annie. No te haré daño.

En ese momento, ella casi le creyó. Cerrando las manos sobre las suyas, permitió que su cuerpo se fundiera en el duro calor masculino del suyo.

—Me haces sentir hermosa.

—Eres más que hermosa —susurró él—, eres más sexy que el pecado.

—¿Te quejas? —Dejó caer las manos mientras él movía la suya por el costado del vestido y tiraba de la tira que lo sujetaba.

La tira se aflojó.

—No me gustaba el modo en que Markson te desnudaba con los ojos.

—No lo hacía. —Al sentir caer el vestido por delante, se movió para que él pudiera desatar la tira del lazo interior. Lo hizo... y el tejido cayó.

—Mmm. —Fue un murmullo de puro placer mientras él empezaba a bajarle el vestido por los brazos—. Soy el único con permiso para desnudarte —un beso en el hombro desnudo— para acariciarte.

Acariciar.

La palabra le recordó que él no era humano, no estaba nada domesticado.

—Eres muy posesivo. —El aire le golpeó la espalda, los pechos. Luego el vestido cayó rozándole las puntas de los dedos para formar un charco en el suelo.

Detrás de ella, él hizo un sonido llamativamente cercano a un gruñido con una mano acariciándole la curva de la cintura.

—Ya sabías eso, Annie.

Por supuesto que lo sabía. Un macho cambiante depredador, por muy juguetón que fuera, tenía la actitud posesiva incrustada en su alma. Mientras ella mantuviera su interés, él exigiría todo de ella. Annie sabía que le daría lo que deseara... todo excepto su fe. Eso, pensó, ya no tenía para dar. El matrimonio de sus padres había roto su creencia en él para siempre hacía mucho. La tristeza le hizo gestos, pero entonces Zach deslizó la mano abierta sobre su estómago, grande, caliente y oscuramente posesiva y sus pensamientos se fracturaron.

—¿Zach?

—Shh. Estoy mirando.

La ronca declaración hizo que su cuerpo se tensara por dentro, los



muslos le temblaron. Llevaba encaje negro... para él.

—Annie. —Gimió y alzó las manos para desabrochar su sujetador—. Quiero ver.

Un instante después, se encontró de pie con anda más que las bragas y un par de sandalias de tiras.

No estaba de ninguna manera preparada para el descarro con el que Zach se movió para acunarle el seno.

—¡Oh! —Tembló bajo su toque, ante la vista erótica de su mano sobre ella. La piel de Zach estaba bronceada, crudamente masculina contra la carne cremosa.

Cuando apretó, todo lo que ella pudo hacer fue no desplomarse.

—Eres tan bonita, Annie —abrió los dedos de la otra mano sobre el estómago—te podría lamer toda entera.

Completamente bajo su hechizo, Annie levantó la mano y la estiró hacia atrás para tocarle la cara. Él se la pellizcó con los dientes, riendo entre dientes cuando ella saltó.

—Quiero estar en la cama. Esto llevará algún tiempo.

A Annie el cerebro se le convirtió en papilla ahí mismo y cuando él cambió de posición para levantarla en brazos, se sobresaltó tanto que chilló y se agarró a su cuello.

—Soy demasiado pesada, Zach. Bájame.

—¿Cuestionando mis músculos? —Una sonrisa malvada—. Bésame.

Incapaz de resistirse, obedeció, sin detenerse hasta que la bajó sobre la cama y se levantó. Los ojos de Zach resplandecían con el brillo verde dorado del gato, con hambre en cada línea de su cara. Annie le miró, con el corazón en la garganta, como se quitaba la chaqueta, luego la camisa. Tenía una figura elegante y poderosa, un depredador en forma humana.

Suspiró con placer desvergonzado y vio que sus ojos brillaron cuando se agachó para deshacerse de zapatos y calcetines.

—Ahora las tuyas —dijo él, moviendo al pie de la cama y quitándole las sandalias una por una, siguiendo cada movimiento con una larga mirada a su cuerpo.

Cuando por fin subió a la cama a su lado, ella estaba tan excitada que se levantó para reclamar un beso. Cuando él pellizcó los labios como parecía que le gustaba hacer, ella le devolvió el pellizco. Zach levantó la cabeza con la mano cerrándose de manera posesiva sobre su seno.

—Haz eso otra vez.

Ella abrió los ojos de par en par pero lo hizo. Él ronroneó en su boca. Ella rompió el beso para mirarle fijamente.

—¿Qué fue eso?



Una sonrisa felina.

—Nada. —Reclamó sus labios, y un momento después ella sintió esa vibración otra vez, ese signo de que él era algo más, un cambiante. Le hizo estremecerse con la necesidad de aplastar los senos contra él.

—Tú ronroneas —acusó cuando se separaron.

—Tú también. —Bajando sobre ella, comenzó a besarla por la línea del cuello. Pareció distraerse entre las curvas de los senos, dejando que se agarrara a las sábanas con un placer auténtico mientras succionaba y besaba. Cuando usó los dientes, ella gritó, sintiendo que su cuerpo se tensaba con tanta fuerza que un simple toque la mandaría a volar.

Él sopló el aliento deliberadamente sobre un pezón mojado.

Ella se rompió y el placer fue una ola que exigió todo lo que tenía. Cuando por fin emergió, Zach había recommenzado la exploración sensual de su cuerpo, mechones de caballo oscuro la rozaban como mil dedos acariciadores. Pasó las manos por la seda áspera, sintiéndose saciada y contenta. Y feliz.

Él levantó la mirada con una sonrisa perezosa en los ojos.

—¿Sí?

—Ven a besarme. —Nunca se había imaginado que un día haría una demanda tan descarada, pero Zach la escuchó. Incluso si no siempre la daba lo que ella deseaba.

Sacudió la cabeza.

—Después.

—¿Después de que?

Su respuesta fue seguir besándola, bajando constantemente. Cuando los labios presionaron sobre el encaje negro, ella tembló. Él lo hizo otra vez. Entonces Annie sintió el susurro de algo en el exterior de los muslos, mirando, vio sus bragas ser lanzadas a un lado de la cama.

—¿Cómo?

Los ojos que la miraron eran salvajes, exóticos.

—Utilicé una garra para cortarlas.

—Oh. —Miró la mano humana—. ¿Como un cambio muy pequeño?

—Humm. —Zach no estaba poniendo atención, más preocupado con separarle los muslos y levantarle las piernas para que las pusiera sobre sus hombros. Ella nunca se había sentido tan expuesta, tan vulnerable. Esperó con el estómago lleno de nudos.

Pero nada podría haberla preparado para el éxtasis de su toque. A Zach le gustaba tomarse su tiempo, la empujó a la locura una y otra vez. La podría haber aterrorizado excepto que él no hizo ningún esfuerzo por ocultar su propia excitación, murmurando su placer con cada lenta lamida.



—Dulce, bonita, Annie —dijo—. Mi Annie.

Ella se descubrió levantando el cuerpo hacia su boca, moviéndose con una sensualidad que era escandalosa en su erotismo. A Zach le gustó. Ella lo supo, porque él se lo dijo, la voz de Zach estaba cerca del gruñido.

—Definitivamente voy a morder —susurró Zach. Y entonces lo hizo.

Cuando pudo pensar otra vez, él se estaba bajando de la cama. Annie exhaló con placer cuando empezó a desnudarse para revelar un cuerpo duro y excitado.

—Mira lo que me haces —susurró Zach, moviéndose para arrodillarse entre sus piernas. Le pasó las manos bajo los muslos—. Ven aquí.

Ella tragó ante lo que le pedía, sabiendo que tenía más que ver con la confianza que con el sexo. Pero no pudo negarse, tenía la sensación más extraña de que cualquier insinuación de rechazo por parte de ella le heriría profundamente. Levantándose, se agarró a sus hombros y permitió que él la sujetara por el culo mientras su cuerpo rozaba la punta de su erección.

—Zach —susurró, ahogándose en la intimidad de su mirada—, me deshaces.

Los ojos parpadearon de gato a humano.

—Agárrate a mí, nena. No te soltaré.

Respirando entrecortadamente, ella bajó sobre él. Zach la estiró al límite. Pero ella le quería en su interior, quería poseerle tan absolutamente como él la había poseído a ella. Bajó más y se estremeció.

—Es demasiado. —El ángulo era profundo, la penetración intensa.

Zach la besó.

—Practicaremos hasta que te acostumbres a ello. —Fue una ronca promesa mientras la tumbaba, apoyando su cuerpo sobre el de ella usando las manos.

—¿Cuánta práctica? —Envolvió las piernas alrededor de las delgadas caderas, ya no era tímida con este hombre que la trataba como si fuera una diosa.

Él gimió, salió un poco y luego empujó, como si no pudiera evitarlo.

—Mucha.

Aunque el cabello húmedo por el sudor le colgaba sobre la frente y la necesidad sexual era un infierno en sus ojos, Zach esperó para darle tiempo a ajustarse.

Ella sintió el agarre violento de ternura en su corazón. Él era, simplemente, maravilloso. Levantando los brazos, le bajó y lo besó, diciéndole sin palabras que estaba bien para soltarse.

Zach gimió. Y comenzó a moverse.



Annie bajó la mirada al macho extendido a su lado a la mañana siguiente y sintió que su cuerpo suspiraba. Zach dormía profundamente y tenía un brillo dorado por la luz del sol que se filtraba por las persianas. La había mantenido despierta la mitad de la noche, amándola tan completamente que se sentía poseída.

Tomada. Marcada.

Negándose a rendirse al pánico, a rendirse a él para protegerse, estiró la mano para trazar el tatuaje que había descubierto en su espalda en algún momento durante la noche. Se unía a uno de sus bíceps, era la cola estilizada de un dragón. Las garras delanteras del dragón descansaban sobre el hombro izquierdo, el cuerpo sinuoso de la mítica criatura se estiraba por su espalda. Era un diseño asombroso... y otro ejemplo de la ferocidad en él.

Esa ferocidad le había vuelto viva, hacía que la alegría le quemara en la sangre.

También la asustaba, la profundidad de lo que sentía.

Por fin, comprendió verdaderamente por qué su madre había permanecido con su padre todos estos años. Su mente se llenó del eco de la voz de Kimberly una noche lluviosa hacía más de quince años. *Tu padre solía llamarme su cielo.*

Ese tiempo había pasado hacía mucho tiempo, como pasaría con el interés de Zach en ella. Incluso después de que la chispa desapareciera, Annie sabía ahora que la tentación de quedarse... de esperar otro momento cuando él quizás la mirara como una vez había hecho, sería abrumadora. Era esa esperanza inútil la que mantenía a su madre atada a su padre, pero, aunque la comprendía, no era el sendero que Annie se permitiría seguir jamás.

Le rompería el corazón ver a Zach mirarla con desinterés en los ojos. Ella se marcharía antes de eso, a los primeros signos insidiosos de que la pasión se desvanecía. Tenía forzosamente que ocurrir... pero todavía no, rezó. Por favor todavía no. Allí tumbada a su lado, con el corazón apretado con una mezcla de alegría y dolor, se contentó con arrastrar las puntas de los dedos sobre el tatuaje y mirarle dormir.

Ahí estaba cuando advirtió que sus labios estaban curvados.

—Zach. —Un susurro.

Ojos de gato mirándola.

—¿Mmm?

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?





## Capítulo 9

—Lo suficiente para disfrutar de tus caricias. —Travesura impenitente en los ojos. Y deseo. El deseo todavía estaba allí. El alivio le hizo fundirse de dentro afuera.

—Eres como un gato.

—¿Quieres verlo? —preguntó.

—¿Ver el que?

—Mi gato.

Annie abrió los ojos de par en par.

—¿De verdad?

Zach bostezó, cada centímetro un felino indolente.

—Humm.

Sin advertencia, el color brilló a su alrededor, chispas de luz y sombras, belleza y eternidad.

Annie contuvo la respiración hasta que terminó. El leopardo estaba tumbado en su cama mirándola con ojos familiares. Tragando ante la proximidad de una criatura tan peligrosa, luchó para sentarse sujetando la sábana contra los pechos. La tentación de tocar era cegadora. Levantó una mano vacilante, una cosa era saber intelectualmente que era Zach, otra creerlo.

Cuando no lo tocó, el leopardo levantó la cabeza para meterla bajo la mano. Estremeciéndose, ella cedió a la tentación y lo acarició. Él se relajó, cerrando los ojos con placer. Eso hizo que el sobrecogimiento de Annie se transformara en delicia.

—Creo que me siento estafada. —Pero acariciarle y adorarle no era difícil.

Cuando la luz trémula regresó, ella se quedó totalmente inmóvil. Unos momentos después, su mano estaba sobre la espalda musculosa de un hombre tan sexy, que hizo que su corazón tropezara solo con mirarle.

—¿Y? —preguntó él.

Ella se acurrucó junto a él, colocando su cuerpo para poder estar cara a cara, ahora tenía la mano en su hombro.



—Eres magnífico y lo sabes.

Por una vez, él no sonrió.

—¿Es demasiado para manejarlo?

—No. —Ella frunció el entrecejo—. ¿Te di esa impresión?

—Sólo lo comprobaba. —Ella consiguió una sonrisa esta vez, una lenta y perezosa que tironeó en lo profundo de ella.

—A algunas mujeres les gusta la idea de estar con un cambiante pero encuentran esa realidad más dura de aceptar.

—¿Algunas mujeres? —Un estallido espinoso de celos.

La sonrisa de él se hizo más grande.

—No es que yo lo supiera.

Ella sintió los labios retorcerse.

—Por supuesto que no, señor Inocente.

—Oye, eres tú quien me guía por el camino recto. —Le pasó la mano por su trasero en una caricia posesiva—. Me parece recordarte exigiendo que “te hiciera la cosa de lamer” una vez más.

Su cuerpo se incendió a la vida sensual. Decidida a luchar fuego con fuego, dijo:

—Ayer no me diste mis ganancias.

Con travesura sensual en los ojos Zach respondió.

—Sí, lo hice. Con intereses. Y luego otra vez.

—Gato. —Envolviendo los brazos a su alrededor, frotó la nariz cariñosamente contra la suya. Se sintió natural, fácil.

Él hizo un sonido de contento y cambió de posición hasta que ella estuvo debajo de él, piel contra piel, en contacto por todas partes. Era sexual, pero también era algo más. Tocar por querer tocar, abrazar porque se sentía bien.

—¿Cuánto dura el afecto? —preguntó ella medio en serio.

Hacer el amor con él era tan imponentemente hermoso, pero esta clase de simple contacto... de algún modo era más profundo, iba más allá del placer a una clase de confianza que la dejaba sin aliento.

Zach le besó la mejilla, la mandíbula, el mentón.

—Siempre. No tocar es anormal para nosotros.

Ella recordó el cariño fácil que había presenciado en el picnic.

—Supongo que no se aplica a extraños.

—No.

—Eso es bueno —dijo, tragando un pulso inesperado de dolor ante la



idea de estar fuera del círculo del clan. Si hubiera sido su compañera... Cortó ese pensamiento inmediatamente, más que un poco asustada ante la idea de estar atrapada en una relación que no ofrecía escape... si importar si el amor moría—. No me siento cómoda con la gente que no conozco bien —dijo para cubrir el arranque repentino de temor.

—Tú tienes privilegios de piel, cariño. —Trazó círculos en su hombro—. El clan verá los indicios.

—¿Privilegios de piel?

—El derecho de tocar. —Le besó la comisura de la boca.

Ella se preguntó si conseguiría alguna vez bastante de este juego.

—Supongo que tú tienes privilegios totales de piel entonces.

Un sonido de placer masculino pagado de sí mismo. Eso la hizo reír, él era tan descarado sobre eso. Y ahí fue cuando lo supo. Ella era más que la hija de su madre. Amaría sólo una vez. Y amaría para siempre.

Y era Zach.

Por él, ella rompería cada regla, le dejaría entrar en su casa, en su alma. Por él, saltaría al abismo y ya se preocuparía por los moratones más tarde. Porque a veces, no había elección.

—Eh. —Su voz fue un murmullo fuerte—. ¿Qué pasa, Ángel?

Ella negó con la cabeza, contenta de que él no fuera psi, que no pudiera leerle la mente.

—Ámame, Zach.

—Siempre.

Pero supo que él no había comprendido lo que había pedido, no le había prometido lo que necesitaba. No importaba. Era suyo, aunque fuera solamente ahora, y atesoraría cada momento de esa alegría. El dolor podía esperar hasta después de que él se fuera.



## Capítulo 10

Un mes después de haber conocido a Annie, Zach estaba sentado en una de las rocas del tamaño de un coche dispersas por Yosemite y se preguntaba qué demonios estaba haciendo mal. Había pasado todas las noches con ella desde el día del picnic.

Annie era fuego en sus brazos, cálida, hermosa y adorable... pero continuaba reteniendo una parte de sí misma.

La mayoría de los hombres no lo habrían advertido. Pero él no era la mayoría de los hombres. Cada vez que ella descartaba su oferta de ayudarla de alguna manera, cada vez que ella se ponía su independencia alrededor como un escudo, él lo notaba. Hería al gato, confundía al hombre.

—Mercy, puedo oírte.

Una pelirroja alta bajó de un salto desde una rama a unos metros delante de él.

—Sólo porque te dejo.

Él bufó.

—Hacías suficiente ruido para una manada de elefantes. —Le tiró a la centinela una botella sobrante de agua.

—No quise herir a tu ego masculino acercándome sigilosamente —respondió Mercy, encaramándose en la roca de enfrente—. No cuando ya pareces tan patético.

—Caramba, que atenta por tu parte.

—Puedo ser muy dulce. —Bebió agua—. Déjame adivinar, ¿te has emparejado con la maestría?

Él levantó una ceja.

—Oh, porfa —Mercy arrastró las palabras—. Como si hubieras traído a alguien más aparte de tu compañera al Círculo de la manada.

—Lucha contra el vínculo —se encontró diciendo Zach.

—¿Por qué?

—Tú eres la hembra. Dímelo.

—Humm. —Mercy tapó la botella y se dio golpecitos en la pierna con



ella—. ¿Te ha dicho por qué?

Él la miró fijamente.

Mercy puso los ojos en blanco.

—¿Le has dicho que es tu compañera, verdad?

—Se resiste un poco a la idea de compromiso.

Esa resistencia le frustraba enormemente, pero trataba de tener paciencia. No sólo le importaba su felicidad, quería que ella confiara en él lo bastante como para que tomara la decisión, aunque sólo había una respuesta que aceptaría.

—No creo que reaccione bien a todo eso de hasta que la muerte nos separe.

—¿Entonces estás tomando la decisión por ella? —Mercy levantó una ceja—. Arrogante.

La ira estalló.

—Quiero darle tiempo para que esté cómoda conmigo.

—¿Está funcionando?

—Eso pensé, pero el vínculo no se ha cerrado todavía. —El vínculo de emparejamiento era algo instintivo, pero generalmente la hembra tenía que aceptarlo de alguna manera para convertir la posibilidad en verdad.

—Me despedaza, Mercy. —El leopardo estaba perdido, herido. ¿Qué estaba mal con él que Annie no le deseaba?

—Habla con ella, idiota. —Mercy sacudió la cabeza—. ¿Se te ha cruzado por esa pequeña mente masculina que tienes que quizá ella se está protegiendo en caso de que decidas darte el capricho de algo de sexo caliente para luego deshacerte de ella?

Él gruñó.

—Ella sabe que yo nunca haría eso. Es acerca del compromiso, teme confiar en alguien con el corazón. —No podía culparla, no después de lo que él había visto sobre el matrimonio de sus padres.

—Corrígeme si me equivoco —dijo Mercy—, pero ¿no habéis sido inseparables durante todo el mes pasado? El pajarillo del clan dice que casi te has mudado a su casa.

—Sí, ¿y?

—Cielos, Zach, pensaba que eras listo. —Atrapando la botella entre las rodillas, levantó las manos para rehacerse la coleta—. A mí me suena como si ella ya se hubiera comprometido contigo.

Ella le había dado una llave de su apartamento, del lugar que era su refugio. El corazón de Zach golpeó contra las costillas. No, pensó, no podría haber cometido un error tan grande.



—Pero el vínculo...

—Bien —interrumpió Mercy—. Quizá tengas razón y tu Annie está asustada del emparejamiento, pero digamos que tus sorprendentes habilidades de leer la mente a lo psi están equivocadas...

Zach gruñó.

—... y ella está preparada para correr el riesgo contigo. ¿Qué le impide dar el paso final? —Levantó una ceja—. Conoces al representante que tenemos. Los humanos tienden a pensar que los leopardos cambiantes son cariñosos pero informales.

—No es eso —insistió—. Le dije que iba en serio al principio.

—Déjame compartir un secreto contigo, Zach. Los hombres les han estado diciendo cosas a las mujeres durante siglos. Luego les han roto el corazón.

La mente de Zach se llenó con el recuerdo de cara destrozada de Kimberly Kildaire cuando Erik Kildaire se fue.

Promesas, pensó, muchas promesas rotas.

—El único modo —continuó Mercy—, de que puedas ganarte su confianza, es que te olvides del orgullo que parece venir empotrado en el cromosoma Y. ¿Estás preparado para llevar tu corazón en la mano y esperar que ella no lo aplaste?

Zach la miró a los ojos.

—Tienes una vena de maldad, Mercy.

—Muchísimas gracias. —Terminando el agua, le tiró la botella—. Mejor que me vaya, tengo que encontrarme con Lucas.

La miró trepar a los árboles, sus palabras le golpeaban. ¿Había sido realmente un idiota, pensando que sabía qué pasaba por la cabeza de Annie mientras estaba tan equivocado? Lo que es más importante, ¿estaba dispuesto a tragarse su necesidad de dominar, de controlar y poner la decisión más importante de su vida en manos de ella? ¿Qué si lo rechazaba? El dolor del pensamiento era paralizador.



Annie terminó de guardar sus cosas con manos ansiosas. Eran las cinco del viernes, lo que significaba que tenía todo el fin de semana para pasarlo con Zach. Él le había prometido mostrarle parte de los tesoros secretos de su bosque y ella no podía esperar. Por supuesto, pensó con una sonrisa, incluso si le hubiera dicho que quería pasar todo el fin de semana mirando Internet habría tenido la misma reacción. Adoraba por completo estar con él, con esa provocación malvada. Especialmente desde que ella se había vuelto bastante buena en devolverle las provocaciones.

—Hola, Profesora.



—¡Zach! —Fue hacia él para abrazarlo—. ¿Qué haces aquí?

La expresión de él era solemne.

—Tengo que hablar contigo.

A Annie el estómago se le llenó de nudos.

—Oh. —Retrocedió, tratando de parecer calmada.

—Mercy tenía razón —dijo él.

Annie sabía quién era Mercy, había conocido a la centinela en el picnic.

—¿Sobre qué?

—Estás esperando que te deje.

Para Annie el mundo se le derrumbó. Tembló, incapaz de moverse mientras él cerraba la puerta e iba hacia ella.

—Yo nunca te dejaré, Annie. —Acunándole las mejillas en las manos, se inclinó para que la frente descansara sobre la suya—. No a menos que me lo pidas.

Frunció el entrecejo.

—Aunque tampoco me marcharé entonces. Sólo para que lo sepas.

—¿Q... qué?

—Eres mi compañera —dijo simplemente—. Estás en mi sangre, en mi corazón, en mi alma. Alejarme de ti me cortaría en pedazos.

El cuarto giró alrededor de ella.

—Necesito sentarme.

Zach la soltó, la dejó reclinarsse contra su escritorio.

—¿Compañera? —susurró.

—Sí. —Su cara se volvió desolada—. Es un compromiso para toda la vida. Mercy tenía razón sobre una cosa, pero yo tengo razón sobre esto, ¿no te gusta mucho la idea, verdad?

Ella no contestó a su pregunta, su mente estaba girando.

—¿Estás seguro que soy...?

—Nena, estuve seguro el primer día que nos conocimos. Encajas conmigo.

Eso trajo lágrimas a sus ojos, porque él encajaba con ella también.

Perfectamente.

—Zach, yo... —Parpadeó, tratando de pensar a pesar del trueno de emociones—. Nunca pensé en casarme —admitió—. Pero no es con el compromiso con lo que tengo un problema. Es con lo que viene después. —Una confesión hecha con una voz que amenazaba con romperse—. Es este terror frío de que la promesa, el amor, se convertirán un día en una



trampa.

—Lo sé.

—Ella todavía espera —se encontró diciendo Annie—, un regalo por San Valentín, o un regalo de cumpleaños, o una palabra amorosa. Todavía espera.

—Oh, cariño. —Trató de acercarse, pero ella levantó una mano, luchando por pensar, por comprender.

—Podría sobrevivir a que me dejaras —dijo—, pero no podría sobrevivir a que dejaras de “verme”.

Y el vínculo de emparejamiento la dejaría sin salidas. Verdaderamente era para siempre.

—Eso es algo que nunca tienes que temer —dijo Zach, la declaración resuelta—. No es posible para los compañeros ignorarse mutuamente.

—Pero...

—No hay peros —respondió, cortando con la mano—. Nunca dejaré de verte, nunca dejaré de amarte. Los compañeros no pueden dejar fuera al otro.

Parte de ella quería agarrarse a esa promesa y no soltarla nunca. Pero otra parte, la parte que había estado atrapada primero por las heridas, luego por el temor de una madre, era vacilante. ¿Estaba lista para aprovechar esta oportunidad con fe en la promesa de un hombre? ¿Estaba lista para abandonar la libertad que le había costado una vida obtener?

—Estoy tan atemorizada, Zach.

—Ah, Annie. ¿No lo sabes? Mi gato te adora. Si me pides que me arrastre, me arrastraría.

La rompió, el modo en que se había arrancado el corazón y lo había depositado a sus pies. Temblando, colocó dos dedos contra sus labios.

—Yo nunca pediría eso.

—Yo tampoco. —Los labios se movieron contra su toque—. Confía en mí.

Ahí estaba, el punto crucial. Ella le adoraba, le amaba más allá de la razón, pero la confianza... la confianza era una cosa más difícil. Entonces estudió esa cara orgullosa, al corazón salvaje del leopardo interior y supo que solo podía haber una respuesta. Se negó a permitir que el temor le estafara la promesa de gloria.

—Lo hago —dijo, cortando la última cuerda de seguridad que la había tenido suspendida por encima de las profundidades insondables del abismo—. Confío en ti más que en nadie.

Algo le apretó el pecho en ese segundo y entonces se rompió, dejándola sin respiración. Se agarró instintivamente a Zach, y él la sostuvo con fuerza, enterrando la cara en la curva de su cuello. Cuando pudo respirar otra vez, enredó los dedos suavemente en su pelo.



—¿Zach?

Él se estremeció.

—Dios, estaba tan asustado de que fueras a decir que no.

Ella lo sintió entonces, su terror, su amor, su devoción. Fue como si tuviera una línea directa a su alma. La belleza de ello la tambaleó.

—Oh, Dios mío. —No había manera de que este vínculo fuera a permitir que alguno de ellos ignorara al otro.

—Zach, te adoro. —Finalmente podía admitirlo, necesitaba admitirlo, necesitaba decirle que no estaba solo.

—Lo sé. —La apretó incluso cuando una ola de amor aderezada con la furia primitiva del gato descargó sobre el vínculo entre ellos—. Puedo sentirte en mi interior.

Ella también podía, pensó con muda maravilla, ella también.



Una semana más tarde, Annie estaba sentada en el regazo de Zach, bloqueando su vista del fútbol. Él se estiró para besarla.

—¿Quieres jugar, Profesora?

Ella siempre quería jugar con él. Pero tenían cosas que discutir.

—No, esto son negocios.

Él apagó el juego.

—¿Entonces?

—Entonces debemos tener una boda.

—Estamos emparejados. —Un gruñido salió de su boca—. ¿Por qué demonios debemos tener una boda? Esas cosas vuelven locos a todos, el año pasado, vi a un hombre adulto llorar durante la preparación.

Una vez, ella se había preguntado cómo las mujeres cambiantes se atrevían a enfrentarse a sus compañeros cuando los hombres se volvían tan gruñones. Ahora sabía, que igual que ella, esas mujeres sabían que el cielo podría caer y la tierra podría desmoronarse, pero sus compañeros nunca les harían daño.

—¿No dijiste que íbamos a tener una ceremonia de emparejamiento?

—No es realmente una ceremonia. —Frunció el ceño—. Es más una celebración de que estamos juntos.

Ella no pudo evitarlo. Estiró la mano para pasarle los dedos por el pelo.

—Se vuelve más fuerte —dijo.

—Se mantendrá así. —Su ceño se convirtió en una sonrisa que la golpeó directamente en el corazón—. Incluso cuando tengamos ciento veinte,



todavía querré arrastrarme por todo tu cuerpo.

—Zach, eres una amenaza. —Y lo adoraba por ello.

Comenzaba a ver sinceramente lo que había conseguido cuando aceptó emparejarse. Era una necesidad poderosa y casi feroz, pero también era un vínculo del amor más profundo, más inquebrantable. Incluso cuando no estaba con ella, le sentía amándola en lo más profundo.

—Necesitamos tener una boda —dijo, engatusándolo con un beso lento—, porque mis padres necesitan verme casada y Caro ya ha escogido un vestido de dama de honor.

Entonces trató con lo que sabía que sería el golpe mortal a más objeciones.

—Su felicidad es importante para mí.

Él dejó salir el aliento de golpe.

—Bien. ¿Cuándo?

—Pensaba en primavera para ambas ceremonias.

—Falta mucho para eso. —Deslizó las manos bajo su suéter, tocando piel—. Podríamos hacerlo en Navidad. Un regalo para todos de parte de nosotros.

—No —dijo, acariciándole la nuca con las puntas de los dedos—. Tiene que ser en primavera. Quiero vida y crecimiento. —Como ella sentía que estaba creciendo, abriéndose, evolucionando—. Y yo ya tengo mi regalo.

Ojos del color del océano más profundo brillaron con curiosidad felina.

—¿Sí?

—Hace mucho tiempo, durante la Navidad que pasé en el hospital —le contó, recuperando un recuerdo que una vez había sido doloroso, pero que ahora estaba lleno de maravilla—, deseé a alguien que fuera mío, alguien con quien poder jugar y compartir todos mis secretos.

Nunca pudo haber imaginado el asombroso resultado final de ese deseo de hacía tanto tiempo.

Él bajó la mano a los muslos.

—¿Me estás llamando tu regalo?

—Sí. —Sonrió—. ¿Cómo te sientes sobre eso?

—Como que me toca a mí ser desenvuelto. —Le mordisqueó la boca—. Hazlo lentamente.

La risa de Annie se mezcló con la suya y el sonido sonó como luz de estrellas sobre su piel, como la promesa de para siempre... como un lametón de "majja".



*Fin*